

2937

Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández

# LOS CHATOS

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL

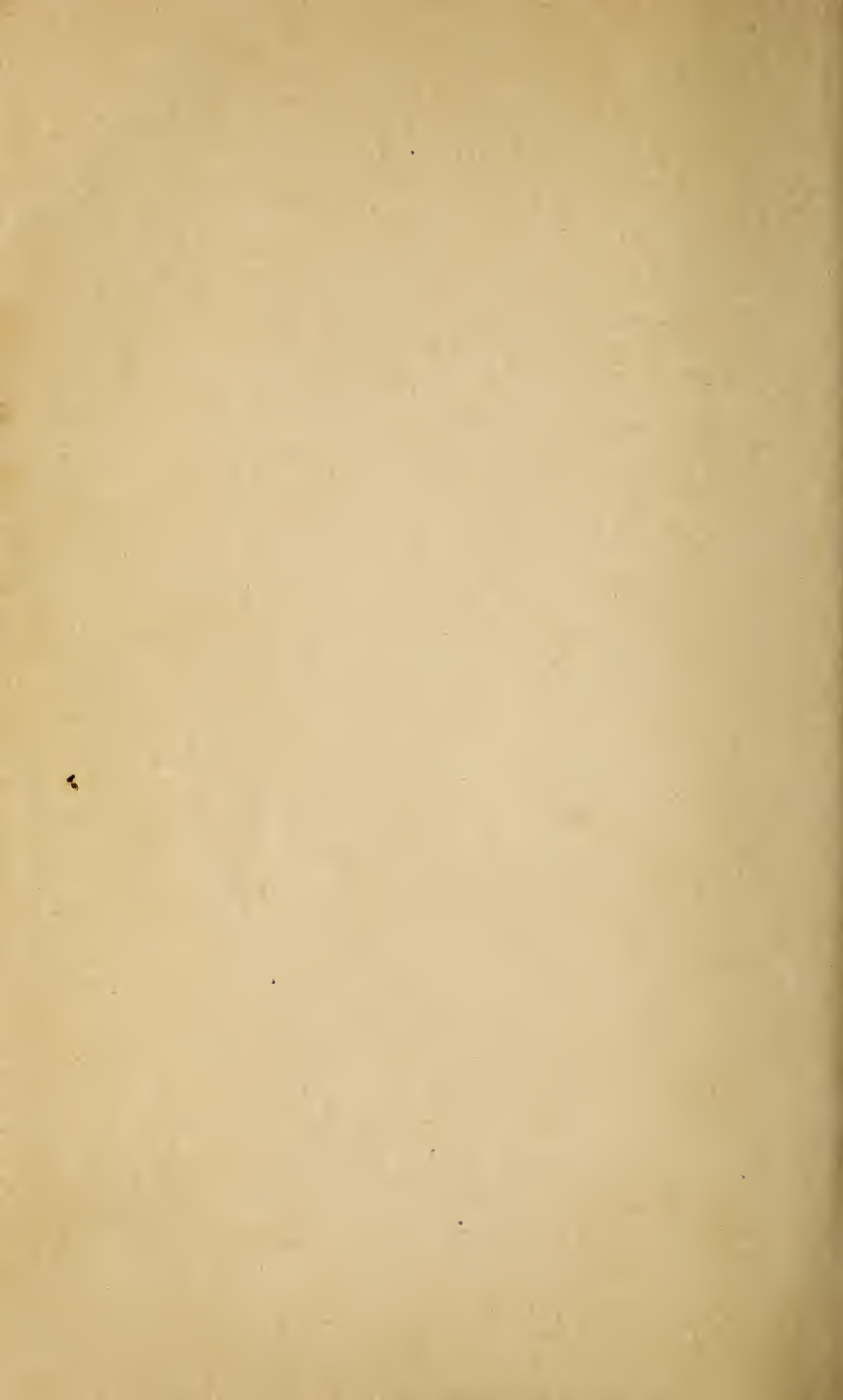
Cuarta edición

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1924

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1924



LOS CHATOS



# LOS CHATOS

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Secá y Pedro Pérez Fernández

Estrenada en el Teatro del CENTRO de Madrid  
el 15 de Marzo de 1924



MADRID  
J. MORALES, IMPRESOR. VINAROS, 8 (PROSPERIDAD)  
1924

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

A Sevilla, tan querida por nosotros,  
y con nosotros tan ingrata



Digitized by the Internet Archive  
in 2014



# REPARTO

---

## PERSONAJES

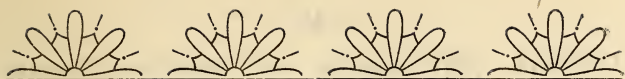
## ACTORES

ISABEL.....	IRENE ALBA.
ROSITA .....	CARMEN JIMÉNEZ.
ESPERANZA.....	MARÍA DE LAS RIVAS.
MISS ELENA .....	JUANA MANSO.
CATALINA.....	RITA LOZANO.
MISS BRIGHT .....	IRENE CABA.
SUSPIRITOS .....	JULITA CABA.
PEPILLA.....	} MARÍA PUJÓ.
LAURA .....	
MANOLITA .....	CARMEN CACHET.
DOLORES.....	} BERTA PUJÓ.
ENCARNACION .....	
JOHN .....	JUAN BONAFÉ.
CORONA.....	ALBERTO ROMEA.
ERNESTO.....	JOSÉ BRUGUERA.
PEPE .....	NICOLÁS RODRÍGUEZ.
CHACON.....	JOAQUÍN GARCÍA HIDALGO.
JUAN REYES.....	PABLO HIDALGO.
CORONITA.....	EMILIO GUTIÉRREZ.
MACARRON.....	PEDRO OLTRA.
VARGUITAS .....	JOSÉ PONZANO.
MATARRANAS.....	MANUEL VALENCIA.
SALVADOR.....	JOSÉ SANZ.
GAÑANAS Y GAÑANES (1).	

**La acción en Sevilla. - Época actual.**

(1) Las actrices Sras. Valls y González, y los actores Salas y Rufes nos honraron con su cooperación, haciendo de gañanes. Muy agradecidos.





## ACTO PRIMERO

---

Estupendísimo despacho de estilo Renacimiento español, que en su casa—palacio de Sevilla—poseen los condes de Valdeluno. Al fondo izquierda, arco de paso a una galería de cristales policromados, que recibe luz del jardín y a él conduce. En ambos laterales, puertas. Del rico artesonado pende magnífica lámpara. La mesa del despacho es regia; el tapiz que cubre el suelo invita al revolcamiento. Además de los severos muebles propios de este despacho, hay una mesita supletoria para tomar el té. Es de día. Epoca actual.

*(A poco de levantarse el telón suena un estridente timbre, y sale por la derecha, para hacer mutis por la galería, CORONA, criado de la casa, muy puesto de calzón, media roja y gran tirilla.)*

CORO. *(En su pasada, metiéndose los dedos por entre el cuello y la tirilla, ensanchándose la liga del calzón, cogiéndose un pie porque el zapato le hace daño, etc., etc.) ¡Si yo pudiera piyá ar que tiene la culpa...! ¡Mardita sea er betún...! ¡Asín se jundiera er firmamento y su pare...! Mardita sea la má y los peses... ¡¡Mardita sea ún tiro... (Mutis.)*

CORONITA. *(Otro simpático criado de la casa, hermano del anterior, e igualmente «enjaezado», sale por la izquierda con un servicio de té que coloca en la mesita.)* ¡Y que no me parta a mí un rayo, hombre...! ¡Mardita sea er seniso y su abuela...! *(Dando con el servicio sobre la mesa, de muy mal talante y metiéndose los dedos entre el cuello y la tirilla.)* ¡Mardita sea Cotón y su cara ladrona...! *(Parándose de repente.)* ¿En dié? ¡En diées es poco...! ¡En diez mil quinientos treinta y tres millones...! *(Mutis por la derecha.)*

*(ERNESTO GUZMÁN HOKER, el condesito de Valdeluno, hace su noble entrada en el despacho por la izquierda. Se sienta ante la mesita y se dispone a servirse el té. Al coger la tetera se quema.)*

ERNE. *(Indignado.)* ¡Maldita sea...! ¿Pero es que...? ¡Malhaya sea mi suerte...! ¡Maldit...!

CORO. *(Entrando nuevamente por la galería metiéndose los dedos por la tirilla.)* ¡Maldit...! *(Al ver a Ernesto, destempladamente.)* ¡Hola...!

ERNE. ¿Eh?

CORO. Digo, señorito.. Ahí en el jardín hay un gachó que pregunta por usted.

ERNE. ¿Cómo un gachó?

CORO. Güeno, un cabayero; un señorito bien portao.

ERNE. ¡Pues sí que son maneras de anunciar...!

CORO. ¿Usté s'ha enterao de lo que yo le he dicho o no?

ERNE. Sí.

CORO. Pos entonces, señó; dos deos y tres deos son sinco deos, digo yo.

- ERNE. ¿Cómo?  
CORO. Que acabe usted ya, hombre.  
ERNE. ¿Que acabe yo de qué?  
CORO. (*Sumiso.*) Que acabe usted de desirme si le digo a ese hombre que cuele o que no cuele.  
ERNE. ¿Quién es?  
CORO. ¿Que quién es?  
ERNE. (*Conteniéndose.*) Dile que... pase.  
CORO. Sí, señó. De aquí a luego. (*Mutis canturreando.*)

¡Ay, Dolores!

Con qué te lavas la cara,  
que tanto te huele a flores.

- ERNE. (*Furioso.*) ¡Corona...!  
CORO. (*Apareciendo de nuevo.*) Ole. Me llamo.  
ERNE. (*Reprimiendo el impulso de abalanzarse a él.*)  
¡Sin cantar!  
CORO. Sí, señó, señorito. No hay que ponerse así.  
ERNE. ¡Me pongo como quiero! (*Se sienta y pone los pies en una silla.*)  
CORO. Sí, señó; póngase usted como quiera.  
ERNE. (*Reprimiéndose de nuevo.*) Mira, vete y dile a ese caballero, sea quien sea, que pase.  
CORO. ¡Como las balas! (*Abriendo un ventanal de la galería, y a gritos.*) ¡Eh...! ¡Usté...! ¡El del bombín...! ¡Que pase usté...!  
ERNE. ¡¡Corona...!!  
CORO. ¡Ya está, hombre, ya está...!  
ERNE. ¡¡Vete!!  
CORO. Muchas gracias. (*Va cantando por el foro.*)

¡Ay, Dolores!

Con qué te lavas la cara,  
que tanto te güele a flores.

(*Dentro.*) Sí, señó, tó seguío, la primera puerta. No tiene pierde.

ERNE. Es preferible no tener criados.

PEPE. (*Muchacho de la misma edad que Ernesto, apareciendo en la puerta del foro.*) ¡Señor conde...!

ERNE. ¡Durango...! ¡Pepe...! ¡Pero hombre...! (*Se abrazan.*)

PEP. Eres un canalla. Quinse días en Sevilla, y sin avisarme.

ERNE. Perdona, hombre, pero...

PEP. ¿Qué perdón ni qué jinojo? ¿En quinse días no has tenido tiempo para ponerle dos letras al único amigo que tienes en Sevilla?

ERNE. Te aseguro que no. Ya supondrás que no era tarea fácil abrir este palacio, tantos años cerrado...

PEP. Disculpas. ¿Es que te has dedicado tú a desfundar los muebles y a engrasar las cerraduras...?

ERNE. Casi, casi... ¿Quieres té?

PEP. Si me das una copa de vino, la prefiero.

ERNE. ¿Vino? No sé si habrá en casa...

PEP. ¿Qué dices, Ernesto? No seas bruto, hombre; despierta, que estamos en Sevilla.

ERNE. Espera. (*Oprime el botón de un timbre.*) ¿Y qué es de tu vida? Tu última carta la recibí en Londres a primero de mes...

PEP. ¡Te prohíbo que hables de Londres...! ¡Lo que yo he sufrido en aquel pueblo tan triste...! Si

no tropiezo con aquella peña de españoles, parmo. Como que me mandó mi padre pá que aprendiese el inglés, y volví sabiendo las mismas palabras que sabía cuando salí de aquí, «gut-bay» y «zankio». ¡Qué esaborisión de Londres, Ernestillo...! Bueno, y a tí, ¿qué ventolera te trae por aquí? ¿Aquí ya para siempre?

ERNE. No, hasta fin de mes nada más. No puedo desatender mi negocio de Inglaterra.

PEP. ¿Hasta fin de mes...? Tú no quieres que yo me corte el pescuezo.

ERNE. Hombre, yo no tengo ningún interés.

PEP. Pues yo me corto el gañote si tú no pasas aquí, por lo menos, la primavera.

ERNE. No va a poder ser.

PEP. No seas animal, Ernesto.

ERNE. Te advierto que bien quisiera. Al fin y al cabo mi padre era de aquí, y yo, educado en un colegio español, hablo la lengua paterna, y no creo que me perdiera por Sevilla. Hasta sospecho que me gustaría. Por lo menos, sangre andaluza corre por mis venas.

PEP. Una mijita congelá por el frío de Londres, ¿sabes?; pero en cuanto le dé el sol sevillano, verás cómo jierve.

ERNE. Bueno, hombre, bueno.

PEP. Pero escucha, tú, ¿viene ese vino o no viene?

ERNE. Es verdad. ¡Estos criados...! ¡Chico, qué desesperación...! Menos mal que mi madre tuvo el acierto de traerse a su doncella; pero yo he tenido que improvisar mis servidores. Tengo a los dos hermanos Corona, y los dos

están por domesticar. Me los han mandado de uno de los cortijos; excuso decirte... (*Se dirige hacia la puerta derecha y ve a Coronita entre cortinas.*) ¿Pero qué haces tú ahí?

CORONI. Aquí que estaba.

ERNE. ¿No has oído el timbre?

CORONI. Sí, señó. Y he acudío, pero como estábais ustedes hablando, dije, digo... a vé si meto la pata, si me suelo.

ERNE. ¡Está bien...! ¿Hay vino en casa?

CORONI. Pues ya lo creo que hay vino, hombre.

ERNE. ¿Hombre?

CORONI. Hombre, señorito, no se ponga usted así.

ERNE. Conque hombre, señorito.

CORONI. Hombre, usted dispense.

ERNE. ¡¡Basta...!! Trae vino.

CORONI. ¡Gachó!

ERNE. (*Furioso.*) ¿Eh?

CORONI. ¡Hombre...! (*Mutis por la primera derecha.*)

ERNE. En fin, ya se pondrá todo en orden. (*Enérgico.*) ¡Todo!

PEP. ¿Qué te pasa?

ERNE. ¿No sabes a lo que he venido a Sevilla...? Pues he venido porque esto no podía seguir así. Las cuentas de las administraciones de las casas, de las bodegas y de los cortijos eran las cuentas del Gran Capitán. Las rentas mermban más cada día sin saber nosotros a qué achacarlo, hasta que un tal don Perfecto Chacón, antiguo amigo de mi padre, nos escribió una carta delatándonos verdaderas estafas. Y aquí estamos. Aquí estoy yo... ¡que ya cono-



ces mi carácter, Pepe! Implacable ante la inmoralidad. Recto, si de hacer justicia se trata. Inexorable, cruel si quieres, pero justo.

PEP. ¡Vaya, un buen inglés!

ERNE. Lo que quieras.

PEP. Aquí no sirve eso.

ERNE. Aquí y en todas partes. No son de otra condición los hombres porque vivan en Sevilla.

PEP. Mira, Ernesto, que yo tengo negocios aquí y sé lo que hay que aguantar y por lo que hay que pasar y lo que hay que consentir.

ERNE. Nadie aguanta nada, ni nadie tiene que consentir ni pasar por nada. Esas son leyendas vuestras. Y dejemos este asunto, porque no nos pondríamos de acuerdo. Ya sabes que no.

CORONI. (*Entra en escena por la derecha con un cañero lleno de cañas de Manzanilla, separa a Ernesto y a Pepe de la mesa donde se apoyaban y coloca el cañero.*) Aquí está er vino.

ERNE. (*Asesinándole con los ojos.*) El vino... ¿Y ahí...? ¿No hay copas ni bandejas en casa?

CORONI. Sí, señó, señorito; pero las cañas son pá er vino, y los cañeros pá las cañas, y yo me dije, digo, dije...

PEP. Déjalo, Ernesto; después de todo, esto es lo castizo.

CORONI. (*A Pepe.*) Que sí, señó; usté es un hombre con sentío común.

ERNE. ¡¡Coronita!!

CORONI. ¿Usté qué sabe de estas cosas, hombre? (*Guiñándole a Pepe.*) Digo, de allá... ¿eh? Va a veni

- aquí a... ¿eh? (*Iniciando el mutis.*) ¡A nosotros!
- ERNE. (*Rendido.*) ¡Vaya!
- CORONI. De salud sirva. ¡Ah! Si jase farta más, me pegáis dos parmaítas, y de seguía mi cuerpo serrano.
- ERNE. (*Tirándole un periódico, que es lo único que tiene a mano que no se rompa.*) ¡¡Vete!!
- CORONI. (*Cogiendo el periódico y colocándolo encima de una silla.*) ¡Grasioso! (*Mutis.*)
- PEP. (*Riendo.*) Sí que vas a pasá tú las viruelas con esta gente. (*Cogiendo dos cañas de vino.*) En fin, brindemos a tu salud.
- ERNE. Perdóname; prefiero una taza de té.
- PEP. Basta. Respeto todas las opiniones, pero acuérdate de aquel pastor protestante, amigo nuestro, míster John, que andaba siempre con el té que lo bebía en cubos, y la primera vez que bebió manzanilla le supo a aceite, y luego la llamaba topacio encantado, estrella fundida presa en cársel de cristal. ¡Qué hombre aquel tan grande! ¿Que es de él, tú?
- ERNE. Aquí está. Ha llegado hoy.
- PEP. Lo que me alegro.
- ERNE. El es quien va a ponerse al frente de estos embrollados asuntos. En sus habitaciones está documentándose para hablar con la gente del cortijo y de las bodegas. Ya conoces su costumbre: antes de hablar de las cosas se documenta muy bien. Así logra esos éxitos tan extraordinarios.
- PEP. Lo que me tengo yo reido con ese hombre.

Cuando se documenta habla un castellano que se cae uno de risa. Claro, que nunca resulta tan gracioso como el que habla tu madre; cada cosa en su sitio.

ERNE. Claro; papá el pobre era andaluz de lo más cerrado, y por broma unas veces, y otras sin darse cuenta, le enseñó un castellano absurdo. Y así resulta que ella primero piensa en inglés, luego lo traduce al castellano y en seguida lo larga en andaluz. ¡Y como es un poco alocada, figúrate! ¡Un lío! (*Mirando hacia la puerta derecha.*) Mira, aquí la tienes.

PEP. (*Poniéndose de pie y saliendo al encuentro de doña ISABEL HOKER, señora inglesa fresca y guapetona, pero de severo continente.*) ¡Oh, condesa...!

ISA. (*Con marcado acento inglés.*) Amigo mío...

PEP. (*Besándole la mano.*) Jau du yu du...

ISA. En español, hable en español; yo le hablo mal, pero me gusta.

PEP. Sí, señora; no voy a tener más remedio, porque, vamos, es que no sé otra lengua.

ISA. Yo siempre tengo el buena voluntad de hablar la lengua que tenía mi pobrecito marido, que requiescat in pace, amén. El me enseñó el castellano por las buenas o por las malas; que yo quería, que yo no quería.

PEP. ¡Já, já...!

ISA. Me recuerdo que yo tenía una cacatuda.

ERNE. Cacatúa.

ISA. Yes; cacatúa moñúa.

ERNE. Moñuda.

- ISA. Yes; cacatuda moñúa.
- ERNE. Al revés, madre.
- PEP. Bueno; usted tenía un loro.
- ISA. Oh, yes, ya está: ¡un loro! Y al loro y a mí nos enseñaba el español a un tiempo igual de todos los dos a la vez. Pero el loro aprendió antes, y yo entonces me gustaba aprender el español de lo que decía el loro, porque lo repetía mucho, mucho, siempre, siempre, todo muy claro. Yo me fijaba; pero a la noche, cuando peleábamos la pava mi marido y yo, yo no le entendía; él tampoco me entendía, y cuando me decía enfadado: «Negra, no te entiendo; negra, no te entiendo», yo, para darle sorpresa de decirle algo en la lengua suya, yo siempre le contestaba con vergüenza: «Lorito real, para España y no para Portugal.»
- PEP. ¡Já, já, já!...
- ISA. Pero todavía digo muchos disparates. Pues ya no puede ser corregirme; la costumbre, la edad...
- PEP. ¿Cómo la edad? Aún se puede presumir, mi señora doña Isabel.
- ISA. Galante nada más, Pepe.
- PEP. Nada de galanterías. Mis ojos no me engañan, y mis ojos la ven como siempre: fresca y lozana como una rosa, que dijo el poeta.
- ISA. Esas son las vistas... los buenos ojos que usted tiene.
- PEP. Galante nada más, condesa. Al verla tan joven, me explico la especie que corrió por Sevilla hace poco tiempo. Alguien dijo que vol-

vía usted a casarse. ¿Patrañas quizás? (*Al ver que Ernesto e Isabel se miran y quedan muy serios.*) Perdonen ustedes; debo haber cometido una indiscreción... Yo ruego a ustedes... Verdaderamente confundido... (*Ante la turbación de Pepe, vuelven a mirarse madre e hijo y rompen a reír.*)

ISA. ¡Já, já, já!...

ERNE. ¡Já, já, já!...

PEP. ¿Eh?

ERNE. Sí, hombre, sí. Satisfaremos tu curiosidad. Algo de eso hay. Y yo muy conforme.

ISA. (*Oprimiéndole una mano cariñosamente.*) ¡Gracias, hijito!... Yer, er very, car, y kaid tu mí.

ERNE. Se trata de una persona honorable, digna por todos conceptos de mi estimación y del cariño de mi madre. Ahora, que para largo va. No consigo que realice su proyecto. Quiere que yo me case antes.

ISA. Es condición anterior, claramente.

ERNE. Y yo, la verdad, no tengo tiempo de pensar en enamorarme. Después de todo, sería lo mismo. Hay algo más que por ahora hace imposible... Mi madre es católica y mister John es protestante.

PEP. ¿Pero se trata de mister John Lane...?

ERNE. Sí.

PEP. ¡Buena persona!

ISA. ¡Es un hacha! Como decía tu padre.

ERNE. ¡Por Dios, mamá!

ISA. ¿He dicho alguna barbaridad?

ERNE. No, pero... (*A Pepe.*) Figúrate, un protestante y pastor... ¡Imposible!

PEP. ¡Se mete el cariño en unos berengenaes...!  
(*Suspira Isabel.*) En fin, hablemos de otra cosa. Yo he venido aquí para algo, y ese algo es que pongo lo que soy, lo que valgo, lo que puedo y lo que no puedo; mi casa, mi familia, mis criados, mis amigos, mis conocidos y los que no me conocen a la disposición de ustedes. Se aproximan las fiestas de primavera; Sevilla está en flor. Hay que respirar su aroma. Cicerone mejor no lo encuentran ustedes ni con un candil. ¡Abrase esta cárcel dorada! ¡Sus y a la calle! ¡Sursun cordam! ¡A ver Sevilla y su maravilla!

ERNE. Gracias, Pepillo, gracias. Por mi parte, prometo dedicarte un par de días.

PEP. Contigo no cuento. Yo le ofrezco el brazo a mi señora doña Isabel, y... ¡a correr la caravana! ¿Hace?

ISA. Gracias, Pepeíllo.

PEP. ¡Ole!

ISA. Mucho amable, pero ya tengo yo con quien correr la juergas.

PEP. ¿Eh?

ERNE. ¡Mamá!

ISA. Como decía tu padre. Yo digo con Rosita Sandino, la chica de los marqueses de Valmazares, nuestros vecinos del palacio de este que está junto a éste, aquí al lado, pegado a éste. Apenas llegamos se pusieron a nuestras órdenes y es... ¡Oh, yes! Y es raro el día que no viene la muchacha a hacerme todas las fiestas.

PEP. Horrores de guapa es la gachí.

- ISA.           ¿Horrores?
- PEP.           Sí, señora. Lo que toca a mí me gusta que tiro bocaos.
- ERNE.          Pues mira, ahí la tienes; se oyen sus risas.
- ISA.           Sí, ella es. Es cascabelera y algo juncal, ¿eh?, como decía tu padre. (*Aparece en la puerta del foro ROSITA SANDINO, guapísima. Nada de sombrero. Su estupendo velillo de Chantilly, su bonita peina de concha. Una sevillana elegante, en fin. Un poco «metomen-todo», un poco alocada. Ya se verá esto.*)
- ROSI.          Buenas tardes, queridos brujos. Hola, Pepe, ¿tú aquí?
- PEP.           Yo aquí, y como allí, allá y acullá, preso en la red de los encantos de la reina de las rubias sevillanas.
- ISA.           ¡Ole!
- PEP.           ¡¡Ole!!
- ROSI.          ¡Jesús, como está el patio...! (*Besando a Isabel.*) Me he retrasao un poquillo por causa de la Miss. Ya tenía el sombrero puesto para acompañarme y le dió un vahido. En la cama la he dejado a la pobre.
- ISA.           Ya tengo las buenas ganas de echarle toda la vista encima a esa alma mía de compatriota.
- PEP.           ¡Já, já, já...!
- ROSI.          Y ella también dice que tiene una gran curiosidad por saludar a ustedes; pero no se le logra el deseo. Un día porque se le tuerce un pie, otro porque se medicina, otro porque tiene que ir al Consulado y hoy por el vahido, lo cierto es que aún no ha podido venir a esta casa.

- ¿Yo le he saludado a usted, Ernesto? Creo que no. (*Alargándole la mano.*) ¿Cómo está usted?
- ERNE. (*Muy correcto y muy serio.*) Bien. ¿Y usted?
- ROSI. (*Remedándole.*) Bien, muchas gracias. (*Riendo.*) ¡Já, já, já...!
- PEP. (*A Rosita, por Ernesto.*) ¿Qué jibia, ¿verdá?
- ROSI. (*A Ernesto.*) Aprenda usted a saludar, hombre de Dios... (*Tendiéndole una mano a Pepe.*) ¡Pepillo...!
- PEP. ¡S'entrañas mías...! ¡Viva tu abuela por parte de madre! ¡Uy, uy, uy...!
- ISA. ¡Choking!
- ROSI. ¿Está usted viendo? (*Risas.*)
- PEP. Nada, rectifico. Hay un cicerone mejor que yo en Sevilla: este diablillo. (*Por Rosita.*) Tiene sobre mí, entre otras ventajas, la de poder hablar en inglés con la condesa.
- ROSI. ¡Eso sí que no...! Yo en inglés no sé nada más que saludar; hago así... (*Saluda con la mano.*) A mí me pusieron esa señora inglesa para que me acompañara, y lo primero que le dije fué: Mire usted, señora, a mí todo lo que usted quiera, menos enseñarme inglés. No quiero quebraderos de cabeza. Usted me acompaña, usted me lleva y usted me trae; pero a mí no me enseña usted el inglés, porque una de las cosas que a mí no me importan en este mundo es el inglés.
- PEP. Eso era antes.
- ROSI. ¿Eh?
- PEP. Que eso era antes, niña. Ahora... (*Maliciosamente.*) ¿Eh...? Desde que te he visto entrar



aquí, te estoy mirando a los ojos y estoy diciendo para mi capote...

ROSI. ¡Pepe, no digas tonterías...! ¡Pepe, que te conozco y te temo...!

PEP. Y estoy diciendo para mi capote: si una persona de esta casa le insinuara a esta niña: «Lo que me gustan a mí las mujeres que saben hablar inglés», esta niña rompía a hablar ahora mismo en la lengua de Shakespeare. (*Isabel rie.*)

ROSI. Claro, que si la condesa se empeñara...

PEP. ¡So tonta! (*Guiñándole a Isabel.*) ¡Qué condesa, ni qué...!

ROSI. Entonces lo dices por Ernesto, ¿no...? ¡Bah...! Por usted lo dise Ernesto... Contéstele usted.

ERNE. Pues yo... ¿qué quiere usted que le conteste? Realmente, vamos, no sé por qué le tiene usted esa prevención al idioma británico, y en efecto, ¿por qué no me había de gustar que usted lo hablara? Sería un mérito más que añadir a los muchos que usted tiene...

ROSI. (*Derretida.*) ¡Than-kyon than-kyon...!

PEP. ¿Eh? ¿No lo dije?

ROSI. ¡Cállate tú, mamarracho, majadero...! ¡Hay qué hombres, condesa!

ISA. ¡Oh! Este tiene una flema inglesa... no, no... eso... eso que tenemos aquí: asadura (*Rien.*) ¿He dicho alguna atrocidad? Lo decía tu padre.

ROSI. No, señora, nada de eso. Ea, ande usted, el coche está a la puerta. ¿Vamos a dar un paseito por el Parque?

ISA. Hoy no puede ser, s'entrañas mías.

- ROSI.            ¡Ay! ¿Que está usted disiendo?
- ISA.             La chiprén. Yo hoy quiero ir contigo, pero hoy no puedo escaparme... no... pirarme, como decía el conde...
- ERNE.           Sí, sí; tenemos que recibir la visita del mayoral de la hacienda, del aperador del cortijo, del capataz de la bodega, del procurador... ¡qué sé yo...!
- ROSI.            Pues si no sale usted... claro, ¿qué voy a hacer sola por ahí...? ¡Ea! ¡Ya está! ¿No quería usted saber cómo se hacen las yemas de San Leandro? (*Quitándose nerviosamente el velo.*) Ea, pues venga un delantal, un soplillo, huevos, leche, un batidor...
- ISA.             ¡Hip, hip, hurra!
- ROSI.            ¡A la cocina! Vamos a chuparnos los dedos de gusto.
- ISA.             Oh, yes, yes, olé que sí. (*A Pepe.*) Con su permiso y hasta que le eche otra vez toda la vista. Vamos, Rosita. Y tú no te enfadarás si yo no... ¿eh? Porque yo no...
- ROSI.            Si no quiere usted que hagamos las yemas, lo dejamos.
- ISA.             Sí, sí; hacemos las yemas; hacemos las yemas; pero, ¡ah! ¡Choking...! ¡Yo no me chupo los dedos!
- ROSI.            Se los va usted a chupar.
- ISA.             No, no me chupo los dedos.
- ROSI.            Que le digo que sí, que se los va usted a chupar. (*Mutis ambas por la derecha.*)
- PEP.             Bueno, galán, respíro. Tú no vuelves a Londres; tú te quedas aquí.

- ERNE. ¿Cómo?
- PEP. Que te has caído, chaquetón. Te ha puesto los puntos una mujer, ¡y qué mujer!, y a morir los caballeros.
- ERNE. ¡Qué tontería!
- PEP. Nada, hombre, que te quedas en Sevilla, y serás de los nuestros. Para sombreros de ala ancha te recomiendo a Lora, Serpes diecisiete.
- ERNE. ¡Vamos, vamos!
- CORO. (*En la puerta del foro.*) Buenas tardes, caballeros.
- ERNE. (*Indignado.*) ¿Qué pasa?
- CORO. Pues un tío que quiere pasá. (*Por una tarjeta que trae.*) Esto me ha dao. (*Le tira la tarjeta dándole un choclazo.*)
- ERNE. (*Cogiéndola y leyendo.*) Perfecto Chacón. Hombre, sí, que entre.
- CORO. Se le dirá. (*Mutis por el foro.*)
- ERNE. (*A Pepe.*) Es el señor Chacón; el que nos escribió delatando los abusos...
- PEP. Pues te dejo con él. Ah, y no te fies mucho de ese Chacón.
- ERNE. ¿Le conoces?
- PEP. De oídas. Dicen que cuando toma dos chatos es de cuidao. Y sobre todo, un gachó que se entretiene en delatar, por lo pronto es un chivato.
- ERNE. ¿Qué es eso?
- PEP. Un mal age, un guasón, un arma mía, un güeso...
- CHACÓN. (*En la puerta del foro.*) ¿Hay permiso?
- ERNE. Adelante.

- PEP. (A Ernesto.) Bueno, adiós... (Al encontrarse con Chacón.) Buenas...
- CHA. Señor mío...
- PEP. (Volviéndose desde la puerta.) Que no se te olvide... ¡Un güeso! (Vase.)
- ERNE. (Saludando con una leve inclinación.) Señor Chacón...
- CHA. Señor conde... (Este Chacón es un tipo anti-pático, con cara de judío, de los que crucificaron al Señor; muy suave de modales, muy suavito de palabras; hombre atravesado que no mira de frente... ¡un güeso! Trae media copa de más, pero lo disimula. Ernesto le indica que se siente.) Usté primero.
- ERNE. No, señor; yo no quiero sentarme. Crea usted que tenía vivos deseos de conocerle.
- CHA. Yo era muy amigo de su difunto padre, el señor conde, que en gloria esté. Que lo estará. ¡Qué duda cabe! ¡Qué buena persona! ¡Qué hombre...! Era para mí y usté perdone que me emocione...
- ERNE. No vale la pena.
- CHÁ. ¿Cómo? ¿Qué?
- ERNE. Nuestra entrevista no puede ser muy larga. Cúmpleme darle las gracias por sus buenos oficios...
- CHA. ¿Qué gracias? ¿Se quiere usté callar? ¡Era en mí un deber! ¡Un sacrosanto deber! ¡Un mandato de mi conciencia! (Emocionado de nuevo.) Mi conciencia, señor conde...
- ERNE. Sea breve, señor Chacón.
- CHA. (Extrañadísimo.) Si quiere usté, me voy.
- ERNE. (Después de un gesto que obliga a Chacón a

*sentarse.*) Yo esperaba su visita hace días, y me sorprende que no haya sido antes.

CHA. Aguardaba a que hubiese usted comprobado mis delaciones leales, que sólo hice en memoria del señor conde, de aquel insigne patricio, honra, prez y orgullo de su linaje esclarecido... Porque yo... Yo no soy ningún «güeso», señor conde.

ERNE. Bien, bien; diga usted lo que pretende...

CHA. ¿Yo? Nada; su estimación, su amistad...

ERNE. Pida otra cosa más práctica para usted...

CHA. ¿Eh? ¿Pero...?

ERNE. Seamos claros, señor Chacón; le estamos reconocidísimos. Hemos comprobado todas sus denuncias; ponga el precio que quiera al favor, y demos por terminada nuestra conversación, porque el hablar de estas cosas me resulta un poco desagradable.

CHA. Precio, ninguno; su amistad, vuelvo a repetirle... (*Ernesto hace un gesto de contrariedad.*) Y si le es desagradable el hablar de estas cosas, sello mi boca y me abstengo de darle nuevos disgustos, porque el de hoy iba a ser morrocotudo.

ERNE. (*Intrigado.*) ¿Eh?

CHA. De esto no había querido decirle nada por escrito, porque no estaba aún seguro; pero ya esta mañana he comprobado...

ERNE. ¿Qué?

CHA. Que el administrador ha hecho mal uso de los amplios poderes que tenía para comprar y vender y...

- ERNE. Termine usted.
- CHA. La bodeguilla de la calle de Acetres, donde se guardan las soleras de los vinos más añejos...
- ERNE. ¿Qué va usted a decir?
- CHA. Cerca de aquí está. Vaya usted a visitarla y verá como quizás pueda hacerlo, pero acompañado de sus nuevos propietarios, que saldrán a recibirle con sus escrituras de propiedad en regla...
- ERNE. (*Gritando.*) ¡Corona! ¡¡Corona!!...
- CHA. (*Asustado.*) Señor conde, no se ponga usted así.
- ERNE. (*A voces.*) ¡Me pongo como me da la gana! ¡¡Corona!!
- CORO. (*En la puerta del foro, gritando también.*) ¡Me llamo!
- ERNE. A la señora, que venga.
- CORO. Como las balas. (*Gritando en la puerta derecha.*) Coronita, echa pa acá a la señora.
- ERNE. (*Hecho un energúmeno.*) ¡¡Corona!!
- CORO. Hombre, aquí la tiene usted. Más pronto, ni con la lertricidad. (*Entran precipitadamente por la derecha Isabel y Rosita, ambas de delantal y sobresaltadas.*)
- ISA. ¿Qué pasa?
- ROSI. ¿Qué sucede?...
- ERNE. Madre, este hombre es el señor Chacón, el firmante de las cartas que nos han traído a Sevilla. Quiero ver si es verdad lo que acaba de decirme. Ruego a usted que me acompañe a la bodeguilla de las soleras. Asegura que ya no es nuestra.

- ISA. Arrea, que vas por hilo. (*Se quita el delantal.*)
- ROSI. (*Haciendo lo mismo.*) Voy yo también.
- ERNE. Vamos.
- ISA. Es decir, no hace falta que nos pongamos de patitas en la calle para averiguarlo. Todo se puede saber preguntando en las oficinas.
- CHA. ¡Talento!
- ISA. Si está allí el papel de la escritura, o lo que sea, pues plancha para este señor...
- CHA. ¡Talento!
- ISA. Si allí nos dicen que ciertos son esos toros, pues nos hemos chinchado bien.
- CHA. ¡¡Talento!!
- ERNE. Tiene usted razón. (*A Chacón.*) Es un momento. Vamos.
- ROSI. Andandito.
- ISA. Vamos, vamos. (*Se van los tres por la derecha.*)
- CHA. ¡¡¡Talento!!!
- CORO. (*Con las de Caín al oído de Chacón.*) Usté es un mal age.
- CHA. ¿Cómo, qué?
- CORO. Y eso se lo digo yo a usté aquí y en la Plaza Nueva.
- CORONI. (*Entrando en escena por la derecha.*) Oye, tú, ¿qué le pasa a los señoritos?
- CORO. Que aquí, don Chacón, ha venío a chivarles lo de la bodeguilla.
- CORONI. (*Mirando receloso hacia la derecha.*) ¡Dale ahí un metío, hombre!
- CORO. Usté es un júa.
- CORONI. Asujétamelo ahí.
- CORO. (*Sujetando a Coronita, mientras Chacón se atrinchera detrás de la mesa.*) No te pringues los guantes, Coronita.

CHA. ¿Pero es que van ustedes a defender al administrador?

CORO. No, señó. Mal hecho está lo que él ha hecho, y ya lo está purgando, por culpa de usted, so tío soplón. Pero usted es er causante de que haigan venío a Sevilla los señoritos ingleses, y usted es er que tiene la culpa de que nos haigan puesto a nosotros estos arreos, que mal tiro me tirer y le den a usted.

CHA. Calma, calma...

CORONI. ¡Dale ya, hombre!

CORO. ¡Déjalo! Bastante tiene con está acorralao como un gato sarnoso. Ahora, eso de que a mí y a mi hermano, que estábamos tan tranquilos en el cortijo con nuestras alpargatitas y nuestras guayaberas, nos haigan puesto livitones y medias... ¡como a las señoras...! ¡Y ligas!, porque llevamos ligas, que no se ven, pero ¡mardita sea Cotón!, ¡¡llevamos ligas!!!

CHA. ¡Calma...!

CORO. Eso y estos zapatitos escotao y esta tirilla que paese que vamos asomao a un florero. ¿Usted se cree que no nos lo paga? A mí, porque soy bien formao de pierna, m'han puesto de mote la segunda tiple, y usted canta conmigo, y quejándose, el «Hay que ver», porque le parto un ojo. (*Le amenaza con la tijera de escritorio.*)

REYES. (*Dentro.*) ¡A la pá de Dios...!

CORO. Gente viene. Eso le vale a usted.

CORONI. (*En el foro.*) Señó Juan Reyes; Varguitas y Macarrón, tú.

CORO. Lo que siento yo que me vean de esta conformidá.



(*Aparecen en el foro y entran en escena, un poco cortados y recelosos, VARGUITAS, MACARRON y JUAN REYES, que son, respectivamente, el capataz de las bodegas, el mayoral de las ganaderías y el aperador de los cortijos. Varguitas viene vestido de señorito, con su pimpante sombrero flexible, de un color de perla chillón que muerde; un traje color azul celeste, unas botitas claras y un pañolito rojo, que es una puñalada por encima de la tetilla izquierda. Macarrón viene de chaqueta corta, zahones afiligranados, relucientes espuelas, sombrero de ala ancha, pañuelo blanco al cuello y una varita en la mano. Juan Reyes, de guayabera, faja negra, pantalón de hilo, pesado chaquetón al hombro, ancho povero y recios zapatonos.*)

- REY. Güenas a la reunión.
- VARG. Buenas tardes.
- MACA. Güenas tardes.
- REY. (*Después de limpiarse la mano en los pantalones se la tiende a Chacón diciéndole.*) ¿Qué tal y cómo le va, señor conde?
- CORO. Quite usted, señó Juan Reyes, este tío no es er conde.
- MACA. ¡Ya decía yo! Este es viejo y er conde, por mi cuenta, debe de tené toavía la edá en la boca.
- REY. Hombre, er que no sabe es como er que no ve. Y como en el cortijo no tenemos ni un mal retrato suyo y er recaó fué que a las cinco estaría aquí aguardándonos...

CORONI. Sí, señó. Ha dío a los escritorios. Asíéntense ustedes.

REY. (A Corona, que hace los imposibles para que no le vean las pan!orrillas.) ¡Camará Corona...! ¿Pero s'han fijao ustedes? Oye, ¿aonde te amarras tú los calzoncillos?

CORO. Güeno, vamos a no hablá de esto.

CORONI. Aquí hay vino.

REY. No viene malamente.

CORONI. Vaya una cañita.

CHA. No, yo no...

CORONI. No, si yo tampoco...

VARG. (Oliendo la caña.) Fino Condesa. Bodega de las Campanillas. Primera galería, segunda andana. Pisao el año catorse.

MACA. ¿Por el oló lo saca usté, Varguita?

VARG. La costumbre. (Beben.)

CORO. Güeno: ¿Y sabéis ya la noticia?

REY. Aquí Varguita nos lo ha dicho y nos habemos quedao estartaos. ¡Pobre don José Terserola! ¡En la cárse!

CORO. Por culpa de un júasoplón, asesino, mar tiro le den. (Chacón se atrinchera detrás de la mesa.)

MACA. ¿Dicen que son cincuenta mil reales?

VARG. Cincuenta mil duros.

REY. Aunque haigan sío cincuenta millones; es una inquisición lo que han hecho con él.

MACA. ¡El padre de los pobres!

VARG. ¡El hombre más güeno der mundo!

REY. ¡Pobre don José...!

MACA. ¿Y quién ha sío er tío ladrón que ha dío con er soplo, mardita sea su sangre...?

- CHA. (*Aterrado a Corona.*) ¡Por su madre de usted, Corona...!
- CORO. ¿Le queréis conosé? (*Por Chacón.*) ¡Pos aquí lo tenéis!
- CHA. Sí, pero no... No, pero sí... Verán ustedes, yo...
- MACA. ¿Usté? ¡Pues s'ha caído usted! ¡Júa!
- VARG. ¿Pero ha sólo este tío güeso, saborío...?
- REY. Hombre, dejármelo que le ví a dá en mitá e la jeta.
- CORONI ¡Duro con él!
- ERNE. (*Entrando en escena por la derecha.*) ¿Eh? ¿Qué escándalo es este?
- REY. ¿Usté es el señor conde, verdá?
- ERNE. El conde soy. (*A una señal de Ernesto se va Coronita por el foro.*)
- REY. Pues yo soy el aperadó de sus cortijos, y éste er mayorá de la ganadería, y aquí er capataz de las bodegas... y usted perdone que le hable asín, soliviantao; pero (*Por Chacón*), er tío este, mala puñalá le den...
- ERNE. (*Interrumpiéndole.*) Señor Chacón. Puede usted retirarse. La nueva denuncia ha sido confirmada. Ya veré el medio de premiar su...
- CHA. (*Deslizando su mutis, no sin ganarse al fin una patada que disimuladamente le da Corona, que se coloca en el foro estratégicamente.*) Si... no... si... Muchas gracias. Pero yo no... Buenas... ¡Ay! (*Vase.*)
- MACA. ¿Premiarle ensima?
- REY. ¡Vamos, hombre!
- VARG. ¡Estaría güeno!

- ERNE. (*Extrañadísimo.*) ¿Eh...?
- PEP. (*Entrando por el foro precipitadamente.*) Hola. (*A los camperos.*) Buenas tardes. (*A Ernesto.*) Perdona. (*A los camperos.*) Perdonen ustedes... (*Casi aparte a Ernesto.*) Escucha, ¿es verdá lo de don José Tercerola?
- ERNE. Sí, ¿qué pasa?
- PEP. No, nada; ya discutiremos eso. Ocúpate ahora de...
- ERNE. No, ahora. Discutamos eso ahora. He metido a don José Tercerola en la cárcel. ¿Qué sucede?
- PEP. Tú no sabes lo que has hecho, Ernesto. ¡Mennuda has armao en Sevilla! Pára la jaca por los clavos de Cristo, porque eso no pué ser.
- ERNE. No te entiendo.
- PEP. Sé que es difícil que me entiendas, pero... No sé cómo decírtelo. Don José Tercerola es... ¡es Sevilla! Es como si hubieras cogido a la Torre del Oro y la hubieras metido en la cárcel.
- CORO. ¡Eso!
- REY. Cátalo ahí.
- MACA. Bien hablaos.
- ERNE. ¿Qué dices?
- PEP. ¡La verdad! Te has estrellao con el hombre más querido, más simpático y más respetao de aquí. Con el amigo de todos; con el paño de lágrimas de los pobres, con el «caballero del gran poder», que se le llama; porque nadie acudió a él que no saliera con su deseo satisfecho, con su limosna conseguida, con su anhelo logrado, con una esperanza consoladora por lo menos.

- ERNE. A costa de mi caudal.
- PEPE. No lo sé. Con el hombre símbolo. Porque eso es tu administrador, un símbolo de sevillanismo: simpático, afable, optimista, espléndido, ocurrencioso... Decir Tercerola es decir Sevilla, con su sol, con su cielo, con sus fiestas, con su vino, con su fe idólatra, con sus penas cantadas, con sus alegrías estallantes...
- ERNE. Tú eres el que tiene que parar la jaca, y no idealizar lo que no tiene idealización posible. Ese hombre me ha robado, y preso está.
- REY. Sin culpa, señor conde.
- ERNE. No hablo con usted.
- REY. Pues yo sí. ¡Sin culpa, digo! Porque no es que esté bien lo que ha hecho; pero ésta me juego, a que él no se ha guardao ni un céntimo de esos dineros que l'han fartao a usté. Por padrazo se vé perdío. Sépalo usté. Er balaso loco de su niño lo ha metío en la cárse. ¡Por salvarlo! ¡Porque no se dijera! Que ar fin y al cabo era su hijo, y los padres semos siegos. Ahora que, eso sí, ¡vaya una perla de nene, chavó! Estos están ar cabo e la caye.
- MACA. ¡Qué insolación de niño!
- VARG. En toas partes ha dejao reliquia.
- MACA. Aquí don José lo sabe. Primero estuvo impleao en Hasienda, y si no es por el padre, que apoquinó la pasta, me lo ajorcan o poco menos. Despué, en er Banco que estuvo, ¡échele usté jilo a la cometa!, y luego como er pobre tiene tós los visios, porque jugaó... más que un gato de dos meses...

- MACA.       Mujeriego y juerguista... Don Juan Tinorio, don Luis Mejías y Barba Azú.
- VARG.       Y de gustarle el vino, no hablemos. El arma mía le echa el aliento al río Guadarquivir y se pescan los barbos a la vinagreta.
- REY.       Y er nene estará suerte mientras don José está entre rejas.
- VARG.       No, señó. Hasta la úrtima hora ha sío bueno el padre pá él. Así que se enteró de que venían los amos, pá que no me lo entrapillarán como causante de tó, me lo metió en un buque, y camino va de Malparaiso. ¿Y va usté a premiar a ese hombre que ha venío con er soplo?
- ERNE.       ¡Basta!
- VARG.       No basta, no señó, y usté dispense; que ayé estuve yo en er locutorio de la cárse, y comiéndose las lágrimas, me dijo don José una cosa, que s'ha menester que usté la sepa. Esa mala persona que lo ha delatao, le anda haciendo la rosca con malas intensiones a su hija de él, y como no consigue ná, quiere redusirla por hambre. ¿Se hace usté cargo? Y mucho teme él que lo consiga, porque la pobre muchacha s'ha quedao sin más amparo que la noche y er día.
- REY.       *(Indignado.)* ¡Eso será lo que sea, Varguitas! Porque mientras siga yo de aperadó de los cortijos, en cuarquiera de ellos se pué acobijá la niña de Terserola, como en el sagrado de una iglesia.
- ERNE.       ¡Basta ya! Aparte sensiblerías, que no son del

caso, el hecho es uno y cierto: Mi administrador me ha robado y sobre él caerá la justicia serena e implacable. El símbolo, Pepe, está en la cárcel. ¡Ganas tenía yo de enfrentarme con un símbolo, aunque éste fuera el de Sevilla! El de esa Sevilla de pandereta con que propios y extraños han calumniado a esta bella ciudad, que lucha, progresa y desmiente a cada paso la falsa tradición con el trabajo de sus hijos, que han llevado la bandera de su triunfo a todas partes. Nadie tiene bula para no proceder con rectitud por haber nacido en una ciudad, donde la informalidad se achaca a la leyenda del ambiente en que se vive. Ganas tenía yo también de enfrentarme con la «grasia...» ¿se dice así? La «grasia» «ocurrenciosa» de los que salen al paso del conflicto más tremendo solucionándolo con «grasia», y con ese su perenne optimismo, y con esa su alegría constante, y con ese cúmulo, en fin, de absurdas maneras de ver las cosas, con que nos tenéis hartos ya al mundo entero. ¡Todo eso es falso! Ya está el símbolo en la cárcel. Veremos ahora. ¡Corona!

**CORO.** *(Que está detrás de él. Da un grito.)* ¡Me llamo!  
**ERNE.** Dile a la señora condesa que tenga la bondad de venir con el pastor. *(A todos.)* Van ustedes a conocer y a ponerse a las órdenes del nuevo encargado de nuestros negocios. Es un pastor. *(Vase Corona por la derecha.)*

**MACA.** ¿Un pastó?

**VARG.** ¿Ha dicho usted un pastó?

- REY. ¿Qué me va a mí a mandá un pastó...? Mi amo, que aunque der campo, tiene uno su aqué y su cónquibus y a mí no me prosterga ninguno que se vista por las patas.
- ERNE. ¿Eh? ¿Pero qué dice...?
- REY. Pos digo y tós me escuchan, que preso don José, hay en Sevilla señores que puén ocupá su puesto, y nosotros muy agustísimo en que nos mande don Juan o don Pedro. Pero un pastó... Usté dispense que yo no lo consienta.
- MACA. Igualmente.
- VARG. Digo lo mismo.
- ERNE. (A Pepe.) ¿Estás oyendo?
- PEP. Hombre, ellos no saben... (A los camperos.) Se tratá de un pastó inglés.
- REY. ¡Manque sea de Birbao, señorito! ¿Dejará de sé un pastó?
- PEP. Pero hombre, amigo Reyes, si es un pastor protestante.
- REY. ¿Eh? ¿Protestante ensíma? ¿Es desí, sin creen-sias ni ná...? Aunque traiga una jonda como de aquí a Cádi, ese tío no tira piedras en mi cortijo.
- CORO. (Desde la puerta de la derecha.) Aquí viene su madre d'usté, don Ernesto.  
(*Entran por la derecha ISABEL, ROSITA y JOHN LANE, pastor protestante, muy vestido de levita negra y con unas barbas rubias que, cuando se sienta casi se le enredan en los tobillos.*)
- PEP. ¡¡Mister John...!!
- JOHN. ¡Ah, Pepillo! (Se dan las manos. Habla con acento inglés.)



- PEP. ¡Cuánto celebro que se quede usted en Sevilla con nosotros...!
- JOHN. Poco tiempo; el preciso para meter en la vereda a esta gente. ¿Se dice meter en la vereda?
- PEP. Sí, señor. Veo que, como siempre, viene usted documentao para hacerse entender por sus interlocutores.
- JOHN. Yes, y para tratar con esta gentuza bestia hay que documentarse muy bien.
- VARG. ¿Pero es por nosotros...? ¡Oiga usted, don Jaime!
- JOHN. Silencioso, callandito, chito... (*Imponiéndole silencio.*)
- VARG. ¡Chavó, compare...!
- JOHN. (*Sacando sus notas y leyendo.*) Juan Reyes, «emperador» de los cortijos... (*Sofocan la risa.*)
- VARG. ¡Emperadó...! ¡Está usted güeno!
- JOHN. Bien, ¿y usté?
- TODOS. ¡Já, já, já...!
- ISA. (*Molesta.*) ¿Pero es que van a chunguearse del pastor?
- REY. (*Asombrado.*) ¿Pero el pastó es éste?
- ISA. Este.
- REY. (*Boquiabierto.*) ¡¡Compare!!
- MACA. (*Idem.*) ¡Camará...!
- VARG. (*Idem.*) ¡¡Juan Reye!!
- REY. ¡Asustáito tendrá ar ganao!
- VARG. (*Amoscado.*) Oiga usté, señora...
- ISA. A mí, no; hable al pastor.
- REY. ¿Pero qué pastó, cristiano? ¿Vamos a tragarnos nosotros lo de que aquí es pastó...? Esa a mi agüela.

- JOHN. A su abuela, a su tía y a su nuerá Pepita la Rubia.
- REY. ¿Pero sabe usted quién es mi nuera?
- JOHN. Yo cuando me documento, lo abarco todo.
- REY. Pos si lo sabe usted tó, también sabrá que er que mucho abarca, poco aprieta. Es un refranillo.
- JOHN. Lo sé. ¿Y usted... sabe ese que dice: de fuera vendrá quien de tu casa te echará?
- REY. ¡¡Contra!!
- JOHN. ¡Joroba!
- REY. ¡Atiza!
- JOHN. ¡Jinojo!
- REY. ¡Rediele!
- JOHN. ¡¡Jopo!!
- PEP. ¡Viene documentao!
- ISA. (A *Rosita*, por *John*.) ¡Tiene una sandunga...!
- MACA. Bueno; pero vamos a vé: porque aqui se ha dicho que nos va a mandar un pastó...
- JOHN. El pastor soy yo.
- REY. ¿El que administra?
- JOHN. El que administra soy yo.
- REY. ¿Entonces, aquí la señora...?
- JOHN. La señora soy yo.
- REY. (A *Varguitas* y *Macarrón*.) ¿Le digo que se pele?
- JOHN. (A *Isabel*.) Hágala saber, señora, que tanto usted como el señor conde han delegado en mí para todo, absolutamente para todo.
- ISA. Si; yo quiero que él me represente, porque me dan las ganas.
- JOHN. (Reverencioso.) Gracias, señora.

- ISA. Las que usted tiene.
- ERNE. ¡¡Mamá...!! (A John.) Continúe, mister Lane.
- JOHN. (A los camperos.) Oído al parche.
- REY. ¡Mi agüela y qué gachó...!
- JOHN. Hace poco llegué de Londres, y ya se me ha sentado la Andalucía aquí, en esto de la boca-  
na del estómago. Aquí no hay músculos. Aquí  
no está la higiene. Aquí no está la seriedad.  
Aquí no se trabaja. Aquí no se come.
- MACA. Oiga usted...
- JOHN. Aquí se calla usted, que aquí hablo yo. (Pau-  
sa.) ¡Usted, señor Reyes! Se acabaron las bro-  
mas «cortijeras», y se acabó el gazpacho. So-  
bre todo, se acabó el gazpacho. Ese agua avi-  
nagrada y migoteada mata a los andaluces;  
los hace flacos, ojos lánguidos, caras sin  
sangre, se tumban con la «bartola» y se duer-  
men. ¡Hay que regenerar la raza! ¡Hay que tra-  
bajar a la inglesa! Nada se deja para mañana.  
Todo se hace hoy. ¡Rectitud, seriedad, econo-  
mía, rendimienta máxima en la jornada míni-  
ma, higiene, salud, fuerza, entendimiento y  
voluntad!
- ISA. ¡Ole!
- REY. ¡Gachó!
- VARG. ¡Nos ha jorobao!
- MACA. ¿Pero qué dice este tío...?
- JOHN. ¿Qué comida se le da a los obreros?
- REY. Según la estación. Ahora un potajillo por las  
mañanas y un gaspacho por las noches.
- JOHN. (Alargando la mano como asqueado.) ¡Shoc-  
king...!

- REY. (*Estrechándole la mano.*) Sí, señó.
- JOHN. (*Asqueadísimo.*) ¡¡Shocking...!!!
- REY. ¿Eh?
- PEP. Suértelo usté, hombre... Chóquin no quiere desí que choque usté, sino pue está una mijita mosqueao.
- REY. Pos argo de «chóquin» estamos tós, y que se ande con ojo.
- JOHN. ¡Nada de potajes ni de gazpachos! Desde ahora, carne por las mañanas y carne por las noches.
- MACA. ¡Hombre, sí!
- VARG. Eso es ponerse en razón.
- CORO. Ar campo me güervo, pero que ya.
- JOHN. En cada cortijo una escuela y un gimnasio.
- REY. Lo que usté quiera.
- JOHN. Hay que hacer músculos. Carne y poleás... Hay que hacer poleás.
- CORO. Aquí la hasemos por Semana Santa.
- JOHN. Poleás todo el año.
- CORO. Mirusté que son muy ardientes.
- JOHN. (*Haciendo flexiones.*) Poleás de éstas...
- REY. ¡Ah, vamos, titeres...! (*A los demás.*) Que hagamos titeres. (*A Jhon.*) Güeno, haremos titeres.
- JOHN. Baños y duchas.
- REY. (*Y los demás camperos.*) ¿Eh...?
- JOHN. Duchas y baños.
- REY. Oiga usté, inglés.
- JOHN. ¡¡Baños y duchas...!!
- MACA. (*A Reyes.*) Cállate, que er baño no sienta malamente en verano.
- JOHN. En verano y en invierno.

- REY. ¿En invierno también? Eso es queré que uno se suisidie.
- JOHN. ¡Duchas y baños!
- REY. ¡Que no, hombre, que no! Yo me pongo una camiseta de pelo en Tó los Santos y no me la quito hasta er Viernes de Dolores.
- JOHN. Pues se la quitará usted todos los días para tomar la ducha.
- REY. ¿Pero la ducha qué es?
- JOHN. La ducha es que todas las mañanas se pondrá usted desnudo debajo de un caño de agua fría.
- REY. ¿Sin paraguas...? ¡¡Su agüela de usté!! (A *Varguitas* y a *Macarrón*.) ¡Vámonos!
- VARG. }  
MACA. } ¡Vámonos! (*Medio mutis*.)
- JOHN. En cambio...
- REY. (*Volviéndose un poco, pero ya en la puerta*.)  
¿En cambio, qué?
- JOHN. Se doblarán los jornales.
- CORO. (*A los demás*.) No irse.
- JOHN. Al obrero hay que pagarle mucho más. (*Vuelven a entrar todos, aunque recelosos*.) El obrero tiene derecho a buena casa, a buena mesa, a buena ropa...
- VARG. ¡Que sí!
- JOHN. El sábado se deja de trabajar a las diez de la mañana.
- MACA. ¡Ole!
- JOHN. Y no se vuelve a trabajar hasta el lunes a las nueve.
- REY. (*Encantado*.) Sí, señó.
- JOHN. (*Enérgico*.) ¡Semana inglesa!

- VARG. ¡Eso!
- CORO. ¡Ya me estoy yo quitando la «libreda»!
- JOHN. El obrero anciano tendrá asegurado su jornal.
- REY. ¡Chiquillo!
- JOHN. Pensiones para las viudas.
- MACA. (*Como si jaleara a un cantaó.*) ¡Hay que quererlo...!
- JOHN. Pensiones para los matrimonios de más de ocho hijos.
- REY. ¡Ole! ¡S'arruina!
- JOHN. Caja de socorro.
- LOS TRES. ¡¡Ole!!
- JOHN. Caja de ahorros.
- LOS TRES. ¡Uyuyuy...!
- JOHN. Repartimiento de tierras.
- MACA. ¡¡Viva la ducha...!
- REY. ¡Viva er pastó y la Pastora divina...! (*Echándole mano lo levantan en hombros.*)
- ROSI. ¡Jesús...!
- ISA. ¡Dios mío...!
- VARG. ¿Onde le llevamos?
- PEP. A la peluquería.
- ISA. ¡Basta...! ¡Soltadle...!
- JOHN. (*Muy complacido.*) Deje, condesa; si me gusta; si me gusta...
- CORONI. (*Entrando por el foro.*) ¿Es que le váis a tirá? Subirlo a la asotea...
- CORO. Vamos a llevarlo al escritorio y allí nos vamos a bebé unos chatos a su salú.
- REY. ¡Eso!
- MACA. ¡Andando...! ¡Viva Inglaterra!
- JOHN. (*Haciendo mutis por la derecha, llevado por*

*Reyes, Varguitas, Macarrón y Corona y seguido de Pepe, Isabel y Rosita.*) Me gusta, me gusta...

ISA. Como en todas partes. ¡Tiene un aquel el ladrón! (*Mutis.*)

CORONI. (*A Ernesto, que se dispone a hacer mutis.*) Señorito...

ERNE. ¿Eh?

CORONI. Que ahí está la señorita Esperanza...

ERNE. ¿Quién?

ERNE. La hija de don José Terserola, que quiere hablar con usted.

ERNE. (*Volviéndole la espalda.*) Dile que no estamos.

CORONI. Es que yo le he dicho que estábais ustedes.

ERNE. Pues dile que ahora no puedo recibirla.

CORONI. (*Resuelto.*) ¡No, señó; no se lo digo! (*Se dirige hacia la derecha.*)

ERNE. ¿Eh...?

CORONI. (*Serlamente, sinceramente, jugándoselo todo.*) ¡Que no se lo digo! Tire usted por donde quiera, señorito. Esa mujé es... quien es, y viene... como viene, y no se lo digo.

ERNE. ¿Pero...?

ESPERANZA. (*Apareciendo y deteniéndose en el foro. Con voz velada por la emoción.*) Yo le suplico, caballero, que me escuche un instante. (*Pausa. Esperanza, inmóvil en el foro, con la vista baja, la cabeza inclinada. Coronita, ídem de ídem junto a la puerta de la derecha. Ernesto, perplejo, en el centro de la escena.*)

ERNE. (*A Esperanza, afablemente.*) Haga el favor de pasar y tomar asiento.

CORONI. ¡Así se hace! (*Se va por la derecha.*)

- ESPE. (*Entrando y sentándose.*) Muchísimas gracias.
- ERNE. (*Contrariadísimo.*) ¡Qué desagradable...!  
(*Esperanza, que es una muchacha monísima y de sobria elegancia, viste un traje oscuro, y se toca con el clásico velo y la clásica peineta de las sevillanas. Habla en andaluz. Tras una breve pausa, Ernesto, que ni siquiera la ha mirado, le dice con afabilidad.*) Usted me dirá...
- ESPE. (*Emocionadísima, levantando la cabeza, mirándole con los ojos llenos de lágrimas.*) Cuando pueda, señor...
- ERNE. (*Gratamente impresionado.*) Tranquilícese señorita.
- ESPE. Sí, perdóneme, por Dios... (*Se seca las lágrimas.*)
- ERNE. (*Sentándose cerca de ella.*) ¿Es usted hija de...? (*Esperanza rompe a llorar por toda contestación. Interesadísimo.*) Vamos, está usted muy inquieta, muy nerviosa... ¿Desea usted algo...? ¿Quiere usted que llame...?
- ESPE. No, no, por Dios... Ya me tranquilizo; es que... el paso que vengo a dar... la súplica que vengo a hacer... la vergüenza que me cuesta...
- ERNE. Vamos, vamos; le repito que se tranquilice...
- ESPE. Usted sabrá perdonarme, señor. Yo sé que es usted un buen hijo, y no puede extrañarle que yo, que no tengo en el mundo más que a mi padre, venga a pedir para él un poco de piedad... (*Pausa. Ernesto baja la cabeza sin contestar.*) ¿Es mucho lo que pido...? Para que a



usted no le parezca demasiado, quiero antes disculpar a mi padre, porque lo hecho por él tiene disculpa, aunque usted, que no es de estas tierras, crea que no son disculpas este aire, este sol, este ambiente... y el vino, ese maldito vino, al que yo odio con toda mi alma. (*Ernesto la mira intrigado.*) Créame usted; en otro sitio que no hubiera sido Sevilla, mi padre, que es honrado, que es bueno, no hubiera dispuesto indebidamente de esa cantidad; no hubiera prestado ese dinero sin la autorización de ustedes, o de hacerlo lo hubiera hecho con las garantías necesarias... Pero en Sevilla hay un vino alegre que crea amistades con lazos más estrechos que los de las familias; un vino demasiado generoso que hace que los hombres partan su capa y el dinero que llevan encima con los que necesitan calor o dinero; un vino optimista, confiado, que hace decir a cada paso «todo se arreglará, la gente es buena; para cuatro días que vamos a vivir...» ¡Y de esos cuatro días, dos de ellos suelen ser días de llanto. (*Se seca los ojos.*)

ERNE. (*Que no sabe qué decir.*) Sí; aquí... todos dicen... Yo no me lo imagino, pero...

ESPE. De mi padre, que es bueno, créalo usted, que es bueno, han abusado muchos. Con ese dinero que falta, él no se ha lucrado en lo más mínimo. Lo ha prestado, lo ha dado a quienes tal vez no sepan ahora corresponderle. (*Muy avergonzada.*) Además, un hermano mío... Perdone que por vergüenza calle sus malda-

des... Para disculpar al uno no debo cubrir al otro de lodo; al fin y al cabo es también sangre mía.

ERNE. Bien, ¿pero usted...? Porque... francamente, yo...

ESPE. Yo decidí hablar con usted para pedirle algo que yo misma consideraba como un imposible... Como un imposible, porque no sabía cómo era usted... Nunca le había visto... Ayer aguardé ahí, en el jardín; le vi salir, y al verle, creí que ya no era tan imposible mi deseo. (*A un gesto de Ernesto.*) Quien es como es usted... (*Muy avergonzada.*) Quien mira como usted mira; quien lleva en sus ojos la bondad que usted lleva... (*Llorando y cogiéndole una mano.*) ¡Don Ernesto...! ¡Usted ha metido en la cárcel a mi padre... usted tiene que ponerlo en libertad!

ESPE. ¿Pero...?

ESPE. Piden para ello una fianza de veinte mil pesetas... ¿Quiere usted facilitarlas?

ERNE. (*Poniéndose de pie.*) ¿Yo...?

ESPE. Yo sé que puedo encontrarlas; que hay un... miserable que me las daría... ¡El mismo que nos ha perdido...! ¡Pero no, no...! ¡Don Ernesto...! ¡Por lo que usted más quiera en el mundo...! Mi padre es el único amor de mi vida... Yo sé que si continúa en la cárcel se moriría... ¡Por Dios...! ¡Ese dinero...! (*De pie ante él, temblando toda, pero resuelta.*) ¿Soy de algún... valor para usted...? (*Separando de su cara las blondas del velo y mostrándola en todo su llo-*

*roso esplendor.*) ¡Disponga de mí...! Pero salve a mi padre! (*Cae de rodillas rota en sollozos.*)

ERNE. (*Admirado y conmovido, levantándola.*) ¡¡Criatura...!! ¡¡Mujer...!! ¡Hija...! (*Pausa.*) No merece él esa renunciación ni ese sacrificio... (*A un gesto de Esperanza.*) Porque usted no lo sabe todo... Ha abusado del poder que le teníamos otorgado... Ha vendido a espaldas nuestras una de las bodegas...

ESPE. (*Aterrada, tapándose la cara con las manos.*) ¡¡Jesús...!! ¿Entonces, Dios mío...?

ERNE. Tranquilícese. Ese delito es aún ignorado... Sabremos callarlo... De lo otro, ya veremos... (*Muy afectado.*) Yo no quiero que usted vuelva a llorar... (*Casi sin poder hablar de emoción, muy cerca de Esperanza, que le mira como miraría a un Dios.*) ¡No quiero que lllore usted más... (*Se dirige a la mesa, procurando disimular su emoción.*) ¡Demonte de vida...! ¡Ofrecer hasta su honra!! (*Toma un talonario de cheques y escribe.*)

ESPE. (*En voz queda, juntas las manos, mirando a la altura con fervor.*) ¡¡Jesús mío, lo que te ofrecí...!! ¡¡Jesús mío, lo que te ofrecí...!!

ERNE. (*Pausadamente deja la mesa, se acerca a Esperanza y le dice conmovido.*) Aquí tiene este cheque... En el Banco le darán esa cantidad...

ESPE. (*Tomando el cheque y sujetándole la mano.*) ¿Y es usted tan bueno que nada pide a cambio...?

ERNE. (*Conmovidísimo.*) Me ha pagado usted sufi-

cientemente con la emoción que me ha hecho sentir.

ESPE. Gracias. (*Va a arrodillarse, y Ernesto se lo impide. Besa el cheque.*)

ERNE. Besa usted la libertad de su padre...

ESPE. (*Por el cheque. Ahogada por la emoción.*) ¡Es que en él ha caído una lágrima de usted...!  
(*Inicia el mutis. Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

---

Patio principal del cortijo de Las Veletas. Al fondo, la gran puerta de entrada, con su amplio zaguán y dos torreones que sirven de miradores, sobre los que triunfan las veletas que dan nombre al caserío. El patio está empedrado; una gran parra da sombra y forma dosel a la puerta de las habitaciones nobles del cortijo, que está en el lateral derecho. En el lateral izquierdo, las puertas de las cuadras, pajares, etc. Por la puerta abierta del foro se ve el campo andaluz en primavera. El cielo sin una nube. Es de día. Ciega la luz.

*(Al levantarse el telón sale por la derecha MISTER JOHN, muy afeitado y muy puesto de pantalón ceñido, zahones, faja, chaqueta corta y blanco sombrero de ala ancha.)*

- JOHN. *(Dando voces.)* ¡Macarrón! ¡Macarrón!
- MACA. *(Saliendo por el foro.)* ¡Presente!
- JOHN. *(Con marcadísimo acento inglés.)* Hay que crear los potros al prado.
- MACA. Sí, señor.
- JOHN. Encerrar las vacas.
- MACA. Yes.
- JOHN. ¿Qué?
- MACA. Que asina mesmo se hará.

- JOHN. Asina mesmo. Y como farta verde en las cuadras...
- MACA. Farta verde.
- JOHN. Que no guerva a fartá. Que haiga verde. ¡Hála! Ya se está usted diendo.
- MACA. Yes verigiés; sí, señó. (*Vase por la izquierda. Entra PEPE por el foro, vestido de jinete a la andaluza.*)
- PEP. A la paz de Dios...
- JOHN. (*Muy efusivo.*) ¡Pepe...! ¿Cómo usted por aquí?
- PEP. Invitado.
- JOHN. ¿Por quién?
- PEP. Por mí. Seis días sin ver a mis amigos, son muchos días. ¿Y la condesa y Rosita?
- JOHN. Por el campo.
- PEP. ¿Y Ernesto?
- JOHN. En Sevilla. Va y viene todos los días. ¿No lo sabe usted? Hablaremos de todo. Apriete un abrazo. Es la hora de mis chatitos. ¿Quiere usted tomarlos conmigo?
- PEP. Eso no se pregunta.
- JOHN. (*Gritando.*) ¡Coronita, unos chatos!
- CORONI. (*Dentro.*) ¡Como las balas!
- PEP. Pronto ha tomado usted la tierra, barbián.
- JOHN. (*Ofreciéndole una silla. Se sientan.*) Me voy jasiendo. ¿Se dice así?
- PEP. Jasiendo, sí, señó; jasiendo. (*Ríe.*)
- JOHN. ¡Olé! (*Ríe.*)
- CORONI. (*Saliendo muy vestido de criado de casa grande, con una bandeja, unos chatos y una botella, que luego se pone a descorchar.*) ¡Los chatos! (*Los pone sobre una silla, entre John y Pepe.*)

- PEP. Hombre, Coronita, ¿cómo así vestido en el campo?
- CORONI. Que uno se ha hecho a lo bueno, y no quiero confundirme con las plebes. ¿Descorchos?
- JOHN. Yes.
- CORONI. Sénquius. (*Se pone a descorchar.*)
- PEP. (*A John.*) Y diga, mister John... ¿Cómo le va a usted?
- JOHN. Oh, esta vida es todo muy bonito. Yo me doy los grandes paseos encima subido de una jaca.
- PEP. Ya, ya he leído en «El Noticiero Sevillano» que ayer hubo tienta y derribó usted.
- JOHN. Derribé yo y me derribaron a mí.
- PEP. ¡Sopla!
- JOHN. Yo derribé al toro pequeño chato.
- PEP. Choto.
- JOHN. Choto, y a mí me derribó el caballo.
- PEP. Algún bote.
- JOHN. Una bota.
- PEP. ¿Cómo?
- JOHN. Una bota de manzanilla de Fray Lucas de Barrameda.
- PEP. Ah, vamos, se estuvo usted documentando en vino.
- JOHN. Yes. Y cogí una pampalina de jórdago. Dormí la moña en la cunita de la carretera. Muy gracioso todo esto.
- CORONI. Pero por poco se ajoga, don José. Figúrese usted que el caballo lo tiró al río y con lo bebío que estaba...
- PEP. ¡Caramba!
- CORONI. Menos mal que sabe nadar.
- JOHN. (*Ingenuo.*) Sé nadar y además decían todos

que yo llevaba un tablón muy grande; yo no lo veía, pero lo desían todos.

CORONI. Y lo llevaba... lo llevaba...

PEPE. ¿Y fué al cruzar el río?

JOHN. Yes. El caballo hizo un esfuerzo grande, se le rompió la cincha al galápagó y caí al río con montura y todo. (*Riendo.*) ¡Buena remojona...! ¡Oh...! El caballo se me escapó corriendo y yo me quedé a la orillita viendo si podía coger la montura; pero no podía yo solo y nadie ninguno quería ayudarme. Cuando pasaba alguien y yo le decía: «Venga conmigo a coger un galápagó que está en el río», me contestaban: «¡So tajá!» y se reían... Y yo me reía...

PEP. ¡Bravo!

JOHN. En otra ocasión yo me hubiera enfadado mucho; pero yo habia bebido manzanilla de Fray Lucas, y yo me reía.

CORONI. (*Ofreciendo dos chatos llenos de vino.*) Mister John cuando bebe se anima mucho.

JOHN. Oh, según, según... Yo en Londres bebo whiskey y no me pasa nada, porque allí no emborracha nada más que el whiskey. Pero aquí emborracha todo: la luz, el aire, el olor del campo, el calor del sol, y al beber hay que ser espléndido como la luz que alumbra, alegre como la luz que ríe y amoroso como la luz que acaricia.

CORONI. (*Dándole a mister Jhon cariñosos golpes en la espalda.*) Señores, ¡qué tío!

JOHN. Oye, tú; vete a freir los espárragos.

CORONI. ¡Como las balas! (*Hace mutis por la derecha.*)

JOHN. (*En alto su chato.*) A su salud.



- PEP. A la salud... (*En secreto.*) de sus relaciones con la condesa.
- JOHN. (*Alarmado.*) ¡Chist...!
- PEP. ¡Vamos...!
- JOHN. Hay dos barreras grandes. Una es la soltería de Ernesto. ¡Si se decidiera a ponerse novio de Rosita Sandino... Si el campo hiciera este milagro que nosotros queremos...
- PEP. Lo hará.
- JOHN. Yo creo que sí. Pero queda otra. Mi religión.
- PEP. ¡Bah! ¡El amor triunfa sobre todo!
- JOHN. Veremos. (*Beben otro chato.*)
- PEP. ¿Y qué es eso de que Ernesto va a Sevilla diariamente?
- JOHN. ¡Lío! Yo creo que tiene un lío. ¡Cosa de los hombres...! (*Suenan unas rápidas campanadas.*) Las doce. Van a venir aquí los gañanes.
- PEP. ¿Nos vamos?
- JOHN. No; me gusta oírlos. Me quieren mucho, y además me enseñan a hablar. Todos los días aprendo algo.
- SALVADOR. (*Joven gañán, entrando por el foro con un bieldo, que tira más que deja en un rincón.*) Güenos días y la compañía.
- JOHN. ¿Se dió de mano?
- SALVA. S'acabó lo que se daba.
- CORONA. (*De gañan, entrando por la izquierda, azada al hombro, que deja también en un rincón.*) Gur bais, señores. S'arremataron los tomates.
- PAJARITO. (*Otro gañan. Por el foro.*) Pero que mú güenas, güena gente.

- MACARRÓN. (*Entrando por la izquierda.*) A vé uno, a careá los potros. (*A Corona.*) Tú.
- CORO. ¿Yo? Misté que acaban de dá las dose.
- MACA. ¿Y qué hay con eso?
- CORO. Que hoy es sábado.
- MACA. ¿Sábado? Pues no hay más que hablá. (*Sentándose.*) ¡San se acabó no tiene vigilia!
- REYES. (*Entrando por el foro.*) Caballeros, las dose. ¡Bendita sea la semana inglesa, don John. (*Entran dos o tres gañanes más que van sentándose algunos en el suelo. Casi todos hacen cigarros.*)
- GAÑÁN 1.º Güenas...
- GAÑÁN 2.º ¡Viva don John...!
- TODOS. ¡Viva...!
- JOHN. Muchas gracias. (*A Pepe.*) ¡Lo que me quieren...! ¡Viva Sevilla y olé!
- TODOS. ¡Viva...!
- REY. Sí, señó; le tenemos a usté ley, y a la condesa, y al señorito Ernesto sobre tó, que es un santo; porque lo que ha hecho con don José Terse-rola, eso de sacarlo de la cárse y demostrá que no tuvo curpa de ná y darle ensima dinero pá que se vaya a América a jasé fortuna, eso no lo podemos orviá nosotros.
- JOHN. Vale mucho don Ernesto. ¿Y las mujeres, dónde quedaron?
- REY. Con doña Isabé que ha ido a verlas trajiná ar quinto pino, donde estaban. Dende aquí se ven como puntitos, que van viniendo despasio.
- PEP. ¿Y qué, estáis contentos con el nuevo sistema?
- CORO. ¡Pues no habemos de estarlo...! Ahora que, con permiso de don John, yo me carculo lo

que aquí se gasta, y entre que s'han subío los jornales, no trabajamos más que ocho horas, descansamos er sábadó, le damos gusto ar cuerpo er domingo, no górvemos a trajiná jasta er lunes y comemos carne, con lo cara que está la carne... no sé. A mí que no me digan. Esto va a sé una ruina.

JOHN. Usted no se apure. Yo sé que se trabaja más que antes.

MACA. ¿Que se trabaja más, trabajando menos?

REY. No te jagas un lío. Lo que disé aquí don Jhon es que, aunque trabajemos menos, trabajamos más.

CORO. Compadre, er de lío es usté.

REY. Ná de líos. Ahora trabajamos de ocho a dose de un tirón, y un güen plato de carne con su superansia de papas; y de dos a seis, de otro tirón y otro güen plato de carne.

GAÑ. 1.º Eso.

MACA. Pues cáatala ahí.

REY. Pero atiende ar gorpe, torpe: ¿ante, qué pasaba? Que estábamos en el campo de sol a sol; pero entre la comersación, er pitiyo, la sieste-sita y el gaspacho, trabajábamos cuatro horas y górvíamos al caserío tosiendo de lo que habíamos fumao, y suando los gaspachos que nos habíamos metío en er cuerpo. Mientras que ahora, ¿eh?

JOHN. ¡Yes! ¡Yes!

CORO. Yes, sí, señó. Se ha dao un cambio mú grande. Se está aquí mú bien... ¡La ducha es lo malo...! (*Se estremecen todos.*) Y eso que aquí

no es más que una ar día; que en Sevilla, cá vé que tenía uno que serví la mesa, habia que dirse al chorro, quieras que no. Y que tenías que quitarte hasta las botas. Lo que toca yo es que no me acostumbro. Se me quea una carne de gallina, que dende las ocho hasta las dose se me pueden ensendé fósforos en las espardas. ¡Como que estoy destrosando la ropa interior! (*A John.*) ¡Indúrteme usté, hombre! ¡Influya usté, don Pepe!

JOHN. ¡Oh, no!

CORO. Misté que mi pellejo es papé de lija.

JOHN. No me importa nada. ¡Baños y duchas!

CORO. Está bien, hombre, está bien. No, si yo comprendo que esto de la ducha da fuerzas. Y si no, que se lo digan a los gañanes der rancho der Moliniyo. ¡Me tienen una jincha...! Er domingo pasao le jisimos aquí los de «Las Vele-tas» a los del Moliniyo, veintitrés goles a uno.

JOHN. Hip, hip, ¡hurra! (*Tendiéndole la mano.*)  
¡Choca!

SALVA. No le choque usté, que de ese uno, tuvo él la culpa.

JOHN. ¿Eh? ¿Cómo fué?

CORO. Ná, don John... ¡mardita sea...! Que ar defen-sa izquierda de los contrarios, que llevaba er balón combinándolo con el medio centro, le jise un regate, le arrimé un puntapié en las espinillas, me jise con el balón y me metí en la portería de cabela, llevándome por delante er balón, er portero, un palo de la portería, la ré, que la rompí, y er vallao, donde me dí un

gachapaso que me paró. ¡Entonces fué cuando me di cuenta de que había metío er balón en la portería de los míos! Ahora, que si no llega a habé vallao, según er gas que yo llevaba, ¡mardita sea!, le doy la güerta ar mundo con er balón por delante y me meto en la portería de los contrarios por detrás.

JOHN. (*Abrazándole.*) ¡Hip, hip, hurra! Beba. (*Le da un chato y él bebe otro.*)

MACA. ¡Lo que cambian los tiempos, señores...! En un cortijo de Sevilla, y hablando de furgó. ¡Nos están mú bien empleás las duchas!

JOHN. ¿Tenéis partido mañana?

CORO. No, señó, don John. Mañana es Domingo de Ramos.

PEP. Y vas a ver las cofradías a Sevilla, ¿verdad?

CORO. No. ¡Yo las de mañana las veo en mi pueblo! ¡En Arenillas!

PEP. Pues no te alabo el gusto.

CORO. Es verdá. Pero es que yo he sío monasillo en Arenillas y tós los años hago de San Pedro en la prosesión de mañana.

MACA. Y hasta dise un verso que está mú superió. Yo lo he visto.

CORO. Eso es en la comedia sacrá, que se jase en la ilesia.

PEP. ¿Teatro en la iglesia? ¡Vaya por Dios!

CORO. Ná de vaya por Dios. Que es una cosa que viene desde mú antigüísima, y bien que lloran las mujeres.

REY. Que si lloran, ¡Josú!

CORO. Las hay que se llevan una toalla pá sonarse.

- JOHN. A ver, a ver, ¿cómo es eso?
- CORO. Pues verá usted. En Arenillas no hay más que un Jesús enclavao, de madera. Los demás somos santos de carne. Yo soy San Pedro.
- PEP. Ah, sí; algo parecido he visto yo en Puente Genil. Cuenta, hombre.
- MACA. ¡Que diga er verso! ¡Que diga er verso!
- REY. Anda, no te dé reparo.
- CORO. ¿A mí? Ni chispa. Si yo lo digo delante de tó er pueblo. Callarse.
- TODOS. ¡Callarse!
- CORO. Pos señó, la comedia le desimos la oración del güerto.
- REY. Eso estaría más propio en un campo, digo yo. ¡Si es un güerto...!
- CORO. ¡Qué tiene que vé! Ni hay güerto, ni ná! Le desimos nosotros la oración del güerto, porque er cura, que jase de Jesús, se pone a resá güerto de esparde. ¡La oración del güerto, señó! Los apóstoles semos yo, er sacristán, er del estanco... gente así, conosía. Er capitán de los judíos es el barbero, y er Júa es siempre er secretario der juzgao. Sea quien sea, él es el Júa.
- JOHN. Sigüe, sigüe.
- CORO. Pues ná, que se jase un corro en el sentro de la ilesia, se planta er cura de roíyas hasiendo que ora, que viene el ánge a darle er cáli de la amargura, y tan y mientras, sarto yo y voy y le digo a los apóstoles: *(Se limpia la boca, se prepara y hace como si entrara en el «corro» que describió.)*

Pasá y no tengáis temó,

que los apóstoles semos;  
está la noche mu güena  
y es rasón que nos sentemos.  
Ar pié de este olivo ponte,  
dende aquí vigilaremos,  
y no dormirse ninguno,  
que como venga Júa, verás.

Aquí ya emprinsipian a llorá las mujeres. Con-  
que nos sentemos en er suelo los apóstoles, y  
tan y mientras canta el ánge, jasiendo como er  
que vola: (*Canturreando.*)

Aquí te queas, Jesús mío,  
desamparaíto y solo;  
que yo, como tengo alas,  
pego un voletío y volo.

Y entonses va y me dice un apósto:

Pedro, que me estoy durmiendo.

Y dice otro:

Pedro, que no puedo má.

Y digo yo:

Ya se me caen los párpagos  
sin poderlo remediá...

Y en esto, que nos tiramos ar suelo y nos dor-  
mimos, y llega er capitán romano con sus tres  
sayones y er júa de Júa. ¡Josú! En cuanti las  
mujeres ven a Júa, ¿pá qué contá? ¡Las cosas  
que le disen! ¡Se arma un joyín...!

MACA. ¡Y con rasón!

TODOS. Claro.

REY. ¡Callarse! ¡Sigue!

CORO. Y dise er Júa, torsiendo la boca y mirando  
atravesao:

A aquer que yo le dé un beso  
es Jesús de Galilea.

¡Muera el cordero divino!

Y disen los sordaos: (*Muy rápido.*)

¡Muera, muera, muera, muera...!

TODOS. ¡Muera!

CORO. Y va y le planta un beso ar cura, y van los sordaos y me lo trinean, y despertamos nosotros ar ruío der safarrancho, y voy yo y saco mi espá y jago como que le corto la oreja ar capitán de los romanos, y voy luego y se la pego con saliva, se llevan ar cura amarrao, rompe el juérgano a tocá y s'acaba tó.

JOHN. ¡Hurra! ¿Y Júa?

CORO. Júa se quita la barba pá que lo conozcan; pero no le vale. Tós los años tiene que salí como un cojete pá su casa, con la barba en la mano, porque en la puerta de la ilesia le esperan los chiquillos pá apedrearlo, y casi siempre me lo escalabran. ¡Hay mucha religión en Arenillas!

JOHN. ¡Hay, hay! Toma otro chato.

PEP. ¡Se lo ha ganado!

VOCES. (*De mujeres, dentro.*) ¡Viva doña Isabé...!  
¡Viva el ama... ¡Viva Inglaterra...!

REY. ¡La señora!

(*Doña ISABEL aparece en la puerta del foro, rodeada de las gañanas, que la vitorean. Trae flores en el pelo, en el pecho.*)

ISA. Thank-you, thank-you... muchas gracias...  
¡Qué locas! ¡Qué locas! ¡Y qué loca estoy yo también! Con estos aires, con este campo, con este sol... ¡Oh, Pepe...! Vengan esos dátiles...



¡Qué buena sorpresa...! ¡Me estoy corriendo una juerguecita...!

PEP. ¿Y Rosita?

ISA. Con miss Bright, mi doncella, se las ha pirado al canalillo, esperando a Ernesto, que viene ahora, siempre de Sevilla, en auto.

PEP. Pues, con su permiso, voy a saludarle.

ISA. Se come usted nuestra comida con nosotros, ¿eh?

PEP. Claro que sí. Hasta luego. (*Vase por el foro.*)

ISA. (*A las gañanas.*) ¡Oh, están todas lindas! Con el campo se ponen todas con el bonito subido. ¿Es verdad, míster John?

JOHN. Lo que es verdad es que usted sí que está pocha.

ISA. (*Con los ojos en blanco.*) ¡John... el pocho es usted!

TODOS. (*Soltando la carcajada.*) ¡Já, já, já, já...!

ISA. (*Enérgica.*) ¿Eh? ¿Qué? ¡John! ¡Fuera todos! ¡Fuera! ¡Yo lo mando! ¡Fuera!

CORO. ¡¡oyín!

MACA. ¡Atiza!

REY. ¡Arrea! (*Se van todos más que deprisa ante la actitud de doña Isabel.*)

ISA. (*Enfadadísima.*) ¡Míster John...! Se han reído de mí. ¡Usted es la culpa!

JOHN. Yo le pido perdón...

ISA. ¡No hay perdón! ¡Vaya usted a freir monas! (*Vuelve la espalda, altiva como una reina, y se va por la derecha.*)

JOHN. ¡Me la he ganado bien! (*Viendo que conserva en la mano un vaso de vino.*) ¡¡Esto tiene la

culpa!! (*Se bebe el contenido y lo suelta, haciendo mutis por el foro. Por el mismo, pero por el lado contrario, entran ROSITA, MISS BRIGHT, ERNESTO y PEPE. Este y Rosa ríen.*)

ROSI. ¡Ah, pues no está aquí! Debe estar en sus habitaciones. Voy a decirle que ha llegado usted. ¿Viene, miss Bright?

M. BRIGHT. Yes.

ROSI. Hasta ahora, Pepe. (*Se va con miss Bright por la derecha.*)

PEP. Vaya, hombre, buena prenda te vas a llevar.

ERNE. (*Muy huraño.*) No hay nada de eso. Por lo menos hasta ahora.

PEP. Pero er caminito se va andando. ¿Eh? Quizás...

ERNE. Quizás. Es posible. Pero nada. (*Pausa.*)

PEP. Chico, por mí como si te quieres casar con la reina de Dinamarca.

ERNE. Bueno.

PEP. Me han dicho que vas y vienes a Sevilla diariamente. ¿Por qué?

ERNE. Porque quiero.

PEP. Claro.

ERNE. Claro.

PEP. Eres muy dueño.

ERNE. Claro. (*Se pone a pasear.*)

PEP. Claro. (*Pausa.*) Vamos, habla, rompe de una vez.

ERNE. ¡Pues sí, que dí con ella! ¡Naturalmente que dí con ella...! Y está aquí...

PEP. ¿Quién?

ERNE. Esperanza. Aquí, donde menos me lo suponía.

Oculto. ¿Pero por qué? ¿De quién huye? ¿Para qué? ¡He de verla! Mira, Pepe...

PEP. Di.

ERNE. Nada, no; cosas mías.

PEP. ¿Pero estás loco?

(*Entra JUAN REYES por el foro.*)

ERNE. ¡Calla!

REY. M'ha dicho er zagá de las vacas, que se trompezó con usté en er canalillo y que le mandó usté que me llamara...

ERNE. Quiero saber dónde está Esperanza, la hija de mi antiguo administrador.

REY. No es ningún misterio, señorito. En mi casa está.

ERNE. ¿Por qué?

REY. ¿Por qué? Hombre... porque está en mi casa; digo, ¿hay algo malo en eso? La pobre cuando su padre, avergonzao, piyó er vapó y se fué a Malparaiso, se vino de Sevilla aquí como juyendo de arguién... que eso yo no lo sé...

ERNE. ¿Usted no lo sabe o no lo quiere decir?

REY. No lo sé, señorito. Cosas que uno se carcula, pero ná má. ¡Figuraciones mías...! Totá: que me pidió amparo, y como mi casa es la suya, porque yo se lo debo tó a don José Terse-rola...

ERNE. ¿Y por qué se oculta?

REY. De eso no sé ná. Cuando vinieron los señores me pidió que a naide dijera ná, y como mi casa está en medio der campo, ha favoreció la cosa.

ERNE. Pues haga el favor de advertirle que he de ir

- a verla dentro de un rato. Quiero que así se lo diga, porque yo se lo mando a usted.
- REY. Será usted servio. ¿Ná má?
- ERNE. Nada más.
- REY. Con su permiso. (¿Qué será?) (*Mutis por el foro.*)
- PEP. Oye. ¿Pero es que estás enamorado de esa mujer?
- ERNE. ¡Si no fuera la hija de ese hombre...! ¡Si no hubiera hecho lo que ha hecho...!
- ERNE. ¿Qué...? ¿De modo que lo que me dijo tu madre...?
- ERNE. ¿Qué te ha dicho mi madre?
- PEP. Hombre, que os venfais al campo, porque te veía impresionadillo... ¡Le hablabas tanto de ella...! Ernesto, ¿tú sabes lo que cree tu madre...?
- ERNE. Hemos terminado. No le digas a nadie a lo que voy. (*Medio mutis.*)
- ROSI. (*Saliendo.*) Ernesto, ¿quiere usted acompañarme a coger unas flores para la mesa? Doña Isabel me pide que vaya con usted. Claro que no vamos a salir del huerto y nos vigilan desde el balcón. (*Ya en el foro.*) ¿Vamos, don Juan Tenorio?
- ERNE. ¿Cómo no? Encantado.
- ROSI. (*Haciendo mutis con Ernesto.*) Hoy comemos aquí, a pleno aire...
- ERNE. Me parece muy bien.
- ROSI. ¡La gran idea; verá usted...! (*Desaparecen. Pepe queda viéndolos marchar. Por la derecha sale CORONITA, mandando en general en*

*jefe a CORONA y MACARRON, que salen con una mesa.)*

CORONI. ¡A vé! Ponerla aquí. Ar soslayo der viento.  
¡Hála!

MACA. ¿Pero se pué sabé...?

CORONI. No se pué sabé ná. Que se nos ha apeticido a los señores comé hoy aquí.

CORO. ¡Se nos ha apeticido...! ¿Es que vas tú a comé con los amos...?

CORONI. ¡Pá er caso es lo mismo!

CORO. ¡Pues no te das tú poco pisto, nene!

CORONI. Porque se puede. ¡A vé quién t'has creio tú que soy yo!

CORO. Hombre, mi hermano. ¿O es que ya no eres mi hermano?

CORONI. Sí, hombre, ¡qué se le vá a jasé! Tu hermano soy. ¡Pero no hay diferencia! Tú aquí estripando terrones por tu mala cabeza... y yo, ¡ffjate! ¡Arrepara tipo!

CORO. ¡Ea, s'acabó! ¿Qué t'has pensao? ¿Que me vas tú a mandá, porque tengas tirilla? ¡Yo te desarmidono a ti la tirilla de un cate!

CORONI. ¿A mí tú?

PEP. *(Acudiendo a la bronca.)* ¿Eh, qué es eso, hombre?

CORONI. Aquí este cateto...

CORO. ¿Cateto yo...?

MACA. *(Que se quedó en el foro.)* Callarse; un coche. *(Mirando.)* Anda, si es el señor Chacón. Debe vení de su finca. M'alegro.

CORONI. ¡Josú, Chacón...! ¿Pero s'atreve a vení...?

CORO. ¡S'ha caído! Me corto er pescueso si pone aquí los pies ese vampiro.

- MACA. (*Suplicante.*) Hombre, hasé er favó, que si me lo matáis, me matáis a mí; que tengo yo que hablá con él de intereses.
- PEP. ¿Pero qué os ha hecho ese hombre para...?
- CORO. Calle usté, que ese tío es la persona más mala que come pan. ¡Las intenciones de un toro tiene! ¡Usté no sabe las jechurías que jase! ¡Tós los gañanes se la tenemos jurá! ¡Dejármelo a mí!
- MACA. Hombre, no, por los clavos de Cristo, no le atiséis estopa hasta que yo hable con él. Voy a vé si me pueo quedá con la «poteca» de los olivos der Melliso que la tiene él. Ya sé que me va a desí que no, por no jaserle daño ar Melliso, porque ahí donde le véis es una güena persona, después de tó.
- CORO. }  
CORONI. } ¿Qué?
- MACA. Sí, señó; lo que pasa es que son dos hombres en uno. Cuando está fresco le cuenta uno una desgracia, y le da a uno tó lo que tiene, y cuando toma dos copas parece que bebe bilis de gato, se güerve un júa sinvergüenza que no piensa más que en jase daño, y hasta con las mujeres se atreve.
- PEP. Caramba, no sabía...
- MACA. Voy a vé si lo entretengo ahí en mi casa con dos botellitas, lo pongo pintón, sierro er trato, y luego ustedes le dáis el amoniaco, si es menesté.
- CORO. Usté lo ha sarvao por ahora.
- CORONI. Déjalo que entre, que tiempo hay pá tó. Arsa

p'adentro que hay que desirle a las gañanas que vaigan sacando la vajilla y poniendo la mesa. *(Lo empuja.)*

CORO. Güeno, pero sin avasallá, ¿eh? Sin avasallá. *(Se van por la derecha.)*

MACA. *(Atento siempre a la llegada de Chacón.)* Ya cuela.

CHA. *(Entrando recelosísimo por el foro)* Señores... muy buenas... ¿Qué tal, amigo don José?

PEP. ¿Qué? ¿Cómo se atreve usted a venir aquí sin una pareja de civiles?

CHA. Hombre, ¿ensima de que ahora resurto yo la víctima, voy a tené la malquerensia de nadie? Porque Terserola está en libertad y libre de cacho. Y como pá ponerlo en libertad ha habido que desí que mis denuncias eran farsas, pues el abogadito de Terserola, que a mí no me puedé tragá, quiere desirle al jué que, puesto que yo he denunsiao en farso, que me pro-sesen. He querido hablá con don Ernesto en Sevilla, pero no me resibe en su casa, y ar sabé que s'habían venío al cortijo, me he venío yo a mi finca, a vé si aquí lo pueo pillá, pá entregarle unos documentos que aquí traigo, y acabá de sincerarme con él.

MACA. Argo de lo que le pasa a usté con don Ernesto me pasa a mí con usté, que no pueo echarle a usté la vista ensima pá que hablemos de eso de la «poteca» der Melliso.

CHA. No, no; eso es una felonía. Yo no te la puedo vender. Yo no puedo dejar a ese hombre sin su cacho de tierra. Perdona, pero no; ¡eso de ninguna manera!

- MACA. No, hombre; es otro camino er que yo me traigo.
- CHA. Bueno, luego hablaremos. Tengo yo que desirle ahora unas palabritas a don José.
- MACA. En la gañanía lo espero. Hay una botellita de solera de la casa...
- CHA. No me tientes. No bebo más en mi vida.
- MACA. Bueno, yo lo aguardo a usted.
- CHA. Sí, pero sin botella.
- MACA. Pá mí solo será. De la solera der sinco é...
- CHA. ¡Cómo me conoces, bandido! Pero verás cómo no bebo.
- MACA. Mejón pá mí. (Roando lo voy a vé.) (*Mutis por la izquierda.*)
- CHA. No vuelvo a beber por nada del mundo, don José.
- PEP. ¿Pero es verdá eso que disen? Porque disen que cuando usted toma dos chatos se emberrechina y, con los sentimientos reverdesíos, es usted capá de tó lo malo. Sobre tó con las mujeres.
- CHA. Hombre, yo creía que eran pamplinas y cosas de esta tierra, pero debe sé cierto. Yo, si tomo unas copas y me pongo «listo», no sé lo que jago, porque no me acuerdo de ná. Er caso es que cuando me refresco me veo enreao en unos líos... El conde está, ¿verdá?
- PEP. Sí.
- CHA. Entonces le voy a decir a mi cochero... (*Va hacia el foro.*) ¿Pero qué es esto?
- PEP. ¿Eh? (*Se asoma.*) ¡Esperanza!
- CHA. Ya podía yo buscarla por toa Sevilla. Sabía



que se había ocurtao, pero no me malisiaba que hubiera sío aquí.

PEP. Oiga ustedé, amigo, ¿está ustedé fresco de verdá?

CHA. Fresco y frío me he quedao; porque esa mujer me tiene loco, don Pepe. Y selebro yo que esté ustedé aquí, porque delante de ustedé le voy a desí lo que debo desirle.

PEP. ¿Ha de ser delante mía?

CHA. Hombre, es que a solas conmigo no iba a querer quedarse. Y me arrimaré aquí, porque si me vé no va a queré entrá. (*Se coloca debajo de la parra.*)

ESPE. (*Entrando y viendo a Pepe.*) ¿Eh? ¿Usted?

PEP. Buenas tardes, Esperanza. No soy yo la persona que ustedé esperaba encontrar aquí.

ESPE. Aquí no esperaba encontrar a nadie. Sé que esa persona debe ir ya camino de la casa de Juan Reyes para verme, y yo me he quitao de enmedio porque quiero yo hablar antes con la condesa.

PEP. ¿Con la condesa?

ESPE. No le extrañe a usted, Pepe. Todos habéis sido muy buenos conmigo, y yo tengo el debé de darle las gracias a esa señora, porque aunque hubo un malvado...

PEP. Vuelva usted la cara.

ESPE. ¿Eh? (*Viendo a Chacón.*) ¡Jesús!

CHÁ. (*Adelantándose hacia ella humildemente.*) Esperanza...

ESPE. ¿Se atreve usted a dirigirme la palabra si quiera?

CHA. Me atrevo a más. Me atrevo a pedirle a ustedé perdón por lo que hise a raí de lo que su padre de ustedé hiso conmigo; que de eso no está ustedé enterá.

ESPE. ¿Eh?

CHA. Mire ustedé, Esperanza. Yo siempre la he querío a ustedé como Dios manda; porque lo mío pá ustedé, no es un celo caduco, como se cree la gente, sino cariño verdá. Ahora, que ustedé m'ha mirao a mí siempre como a un lobo y no como a un carnero, que es lo que soy.

PEP. Hombre, Chacón...

CHA. (*Como si topara.*) ¡Que lo soy, Pepe! Porque yo denuncié a Terserola, eso es verdá. Me cargué de vino, y lo que me pasa: ¡esta desgracia que tengo! Ahora que lo denunsié de cosas que había hecho; ná de calurnias, y cualquiera en mi caso hace lo mismo que yo. (*A un gesto de Esperanza.*) Sí, señora. Porque a mí, su padre de ustedé, en un apuro de los suyos, me pidió prestao tres mil duros, y yo «tome ustedé amigo». Aquí está er documento. (*Sacando unos papeles.*) Vense er mes que viene. Luego, en otro apuro, por causa de lo que hiso er niño... (*A un gesto de Esperanza.*) Bueno; por lo que fuera, dos mil duros más. (*Por otro papel.*) Aquí están. Sin intereses ni pampinas... Luego, de palabra, una noche a la salía der Casino, cuatro mil pesetas, sin documentos, ni música. ¿Para qué? Si yo lo que quería era acercarme a la casa donde estaba lo que a mí me quitaba el sueño... Una tarde, pa-

seando por el Parque, se franqueó él conmigo, me contó lo que le pasaba, y aquello me dió a mí aliéntos, y le conté lo que me pasaba a mí: «Don José—le dije—, yo no me deajo ahorcá por cincuenta mil duros; yo quiero a su niña de usté, como a las niñas de mis ojos... Ella no me hace caso, pero si usté quisiera...» La primera bofetá me la dió a traición. La segunda, porque er que dá primero dá dos veces... Totá, que me hinchó. Yo comprendo que él, con lo que le pasaba, estaba fuera de sí, y que era mucho lo que le pedía; pero yo no soy un hombre que deshonra al hasé por las buenas una petición. Yo, cuando estoy fresco, como ahora, y ya, como siempre, porque yo no vuelvo a bebé, tengo tan buen corazón como el primero, y si hay quien perdona por vé llorá, yo soy de los que perdonan después de habé llorao de rabia y de doló. (*Alargando los pagarés.*) Tome usté; cuando se rise usté er pelo, hágase los papillotes con estos papeles. (*Viendo que Esperanza no los recoge.*) Si ni siquiera pa eso quiere usté que sirvan... ¡ahí van! (*Los rompe y los tira al suelo.*) ¡Liquidao! Y sepa usté, ahora que está usté sola y sin amparo, que mi cariño es de usté; que en mi casa está hasiendo farta una mujer de bien que le dé honra y alegría. (*Medio llorando.*) ¡Ya está tó dicho! Antes deirme volveré a pedirle perdón, por si entonces quiere usté contestarme. Buenas tardes. (*Se va a la gañanía.*)

- PEP.            ¡Un hombre enamorado! ¡Y vaya un rasgo que ha tenido! En vista de que su padre de usted no puede abonarle esos pagarés, los ha roto.
- ESPE.           Pero los ha roto. Y aunque mucho daño nos ha hecho, ahora, por esta acción, he debido yo darle las gracias, y se las daré. ¿Puede usted decirle a la condesa si quiere recibirme?
- ESPE.           ¿Y cómo no quiere usted ver a Ernesto antes? Digo, si no es indiscreción...
- ESPE.           ¿Eh?
- PEP.           Por ahí anda con Rosita. ¡Con Rosita! ¡Los millones de Rosita! ¡Porvo me han hecho a mí! Porque si esa niña hubiera tenido menos dinero... Pero ¿a dónde voy yo con mis cien mil duros y un negocio de aceitunas? ¡Primero moro!
- ESPE.           Y... ¿están ya en relaciones?
- PEP.           No, él es muy frío de cuello. Además, que— por esto he sacado la conversación— a mí su madre me ha dicho que cuando ella le insinúa que le pida relaciones a Rosita Sandino, siempre dice que tiene que hablar antes con otra mujer. (*Esperanza baja los ojos.*) ¡Y esa mujer es usted! Acabo de saberlo por él mismo. Y la condesa también lo sabe, o se lo supone; porque como él, por salvar a su padre de usted, ha hecho las atrocidades que ha hecho... ha llegado ella a creer que... Ahora que yo le he dicho que usted en un altar, como las santas del cielo. ¿Verdá que sí, Esperanza? (*Persuasivo, acercándose a ella, que le escucha sin levantar los ojos del suelo.*) ¿Verdá que en un altar? ¿Ver-

dá que aquella noche que Ernesto fué a verla, aquella noche que estábamos en Eritaña y le obligamos a tomar unas copas...?

ESPE. ¿Eh?

PEP. (*Como antes.*) Que él volvió diciendo que era más criminal que los asesinos...

ESPE. ¡Pepe!

PEP. (*Sombrío.*) ¿Eh?

ESPE. ¿Quiere usted hacerme ese favor? Necesito hablar con la condesa.

PEP. Ahora mismo voy a...

ESPE. Aquí no estoy bien. Ahí dentro le aguardo. Aviseme usted.

PEP. Será usted complacida.

ESPE. ¡Gracias, muchas gracias! (*Mutis por la izquierda.*)

PEP. ¡Lo que yo me temía! Aquí hay un drama, que no tiene gracia ninguna.

JOHN. (*Saliendo por el foro.*) ¡Uí! (*Suspirando desesperado.*) ¡¡¡Ah!!!

PEP. Caramba, ¿qué le pasa a usted?

JOHN. Usted no sabe nada. La condesa que... ¡Soy muy triste, soy muy desgraciado...! Me ha mandado que fría monas. No sé si colgarme de un árbol o volverme a Inglaterra.

PEP. Hombre, mejor es colgarse.

JOHN. (*Indignado.*) As i see you don't care, i shall commit suicide. I shall throw myself... ¡Oh...! (*Se va por la izquierda.*)

PEP. (*Viéndole marchar.*) Menos mal que también hay aquí un sainete. (*Hace mutis por la derecha, al mismo tiempo que por allí mismo salen*

CATALINA, SUSPIRITOS, CORONITA, CORONA y SALVADOR, que traen manteles, platos, cubiertos, botellas, en fin, todo lo necesario para poner una elegante mesa, a cuya faena se ponen todos inmediatamente.)

CORONI. ¡A vé; tendé los manteles, poné los platos y las botellas y di sacando las cosas der café, que hay que jaserlo a la vista de los amos. ¡Hála!

SUSPI. (Entusiasmada con Coronita.) ¡Ay, madre, qué hombre más dispuesto!

CATA. (Reprendiéndole y pegándole un pellizco.) ¡Niña!

CORONI. ¡Vivo! ¡Listo! ¡Como las balas! ¡Más pronto que ya!

CORO. ¡Eh, eh, ch...! Menos mandá, que aquí tós somos iguales.

SUSPI. ¿Ha estao usté en la cosina, madre? ¡Josú, lo que van a comé! ¡Qué fiambres, qué lengostas, qué ordumbres, qué turrón de Alicuante! ¡Y esos empaderaos tan igualitos, qué cosa más rica debe sé! ¿Como se llama eso, Coronita?

CORONI. Sángüis.

TODOS. ¿Eh?

CORONI. ¡Sángüis! Una cosa inglesa. Una lonchita e jamón o un cacho de carne que se mete entre dos peazos de pan.

CORO. ¿Y eso es inglés? Esa es la pringá que comemos nosotros.

CORONI. ¡Pringá, pringá...! ¡Chóquin! ¡Sángüis, so gruyo!

- CORO. Pón aquí las botellas, Sarvaó, a vé si cuando se vaigan se les orvía arguna.
- SALVA. ¡Anjolá!
- CORO. (*Aparte a Salvador.*) Lo que toca esa botellita me tiene a mí acharao.
- SALVA. ¿De cuál echaste el trago?
- CORO. De esa, que es la única que viene abierta. ¡Qué vino más raro, tú! ¡M'ha caío más malamente...!
- SALVA. (*Leyendo en la botella.*) «Digestónico Armen-gol. El mejor para los intestinos.»
- CORO. Será er mejô, pero me los está regorviendo. (*Entra en escena por la derecha la CONDESA y PEPE. Por la izquierda, JOHN, y por el foro todas las gañanas.*)
- CORONI. ¡La señora! Como verá la señora condesa, sigún su gusto, hemos puesto aquí la mesa...
- ISA. Sí, está de la primera... pero faltan flores. Yo quiero a la mesa muchas flores. Es Andalucía, ya lo sabes, Coronita; yo te lo digo todos los días, siempre: pónme flores, sevillano.
- CORONI. Ea, pues hála por flores tó er mundo. ¡A ver quién trae más!
- ISA. (*Contenta.*) ¡Oh, oh...! Eso sí. Un premio doy al que traiga las más bonitas flores.
- JOHN. (*Haciendo mutis a grandes zancadas por el foro.*) ¡Yo!
- CORONI. ¡Hála! (*Mutis por el foro empujando a los gañanes.*)
- SUSPI. ¡Al güerto me voy! (*Mutis.*)
- CATA. ¡Desmocho los rosales! (*Mutis.*)
- SALVA. ¡Pá mí el premio! (*Mutis.*)

- CORO. Jasta jigos chumbos le ví a traé. (*Mutis.*)
- PEP. (*Que hablaba con la condesa.*) ¿Qué le digo?
- ISA. Pero...
- PEP. ¿Quién sabe, condesa? Tal vez hablando...  
Hablando se entiende la gente, dice un refrán.
- ISA. También dice que por todas partes se va a  
Roma, y eso es una tontería, que no es verdad.
- PEP. Vamos, usted es muy buena.
- ISA. Lo que usted quiera.
- PEP. Gracias. Hasta luego. (*Entra en la gañanía.*)
- ISA. (*Examinando el frasquito del digestónico.*)  
Han derramado el frasquito. Se empezó ayer  
y sólo quedan los poquitos de abajo, los chis-  
pitos... Oh, yes, ya está; los fondillos... Así lo  
decía él.
- PEP. (*Saliendo con ESPERANZA por la izquierda.*)  
Mientras ustedes hablan, voy al huerto a en-  
tretener a la feliz pareja.
- ESPE. Dios se lo pague a usted. (*Pepe se va por el  
foro. Esperanza queda un momento indecisa, y  
por fin se atreve a murmurar.*) Señora...
- ISA. ¿Eh?
- ESPE. Me ha dicho Pepe que accede usted a...
- ISA. Sí... Y puesto que no hay quien nos presente,  
sepa usted que yo no tengo inconveniente en  
saludarla.
- ESPE. Un nuevo favor que agradecer a ustedes.
- ISA. (*Dando un paso hacia ella y alargando la  
mano.*) Chóquela usted.
- ESPE. (*Estrechándole la mano.*) Muchas gracias.
- ISA. Siéntese, si le gusta.
- ESPE. Gracias. (*Se sientan.*)



- ISA. Como simpática, se las trae. (*Pausa.*) Usted me diga.
- ESPE. Señora. Usted no puede imaginarse lo que yo vengo a decirle.
- ISA. No adivino nada.
- ESPE. Vengo a poner mi porvenir, mi vida, en sus manos.
- ISA. ¿Eh?
- ESPE. Vengo a hacerle una revelación que le parecerá inverosímil, quizás monstruosa; pero es necesario que la escuche, y que la escuche con tranquilidad, con dominio de si misma, viendo en mí, antes que nada, a la persona que más fervientemente desea la felicidad de ustedes.
- ISA. ¿Eh?
- ESPE. Usted sabe, señora, que yo un día, el más triste, el más angustioso de mi vida, para procurar la salvación de mi padre, fui a su casa de usted y hablé con su hijo.
- ISA. Mi hijo, pocos momentos después, me contó todo.
- ESPE. ¿Todo?  
Todo.  
Hasta...
- ISA. Sí; hasta que usted se había ofrecido como pago del favor que pedía. Mi hijo no tiene secretos para mí.
- ESPE. Entonces... le habrá dicho que he quedado en paz con él.
- ISA. ¿Cómo?
- ESPE. (*Temblorosa, avergonzada.*) No sé decirlo de

- otra manera, señora; evíteme el sonrojo de confesar mi vergüenza con más...
- ISA. ¿Eh? ¿Que Ernesto...? ¡No...! (*Se levanta indignada.*)
- ESPE. No piense mal de él. No le culpe. Tranquilícese, por Dios... Le he suplicado que me escuche con tranquilidad.
- ISA. ¡Pero si no es posible...! ¡Mi hijo...!
- ESPE. Yo misma he de disculparle. Al salvar a mi padre de aquel modo tan generoso, tan noble, me consideré ligada a él con la cadena más fuerte para mí: el agradecimiento. La gratitud me hizo su esclava.
- ISA. ¿La gratitud nada más?
- ESPE. (*Bajando la cabeza.*) De otro sentimiento yo no quería darme cuenta. El era y es... un imposible para mí.
- ISA. ¿Pero después de haberse visto en casa, siguieron viéndose?
- ESPE. Sí, señora. Con motivo de aquellos sucesos, estuvo él en mi casa en varias ocasiones, unas veces con el abogado de mi padre, otras veces solo... Se aficionó a charlar conmigo, sin duda porque veía lo feliz que yo era cuando hablaba con él. Pero jamás me habló de cariño, ni de sus labios salió una palabra que no fuera digna del mutuo respeto que nos debíamos. Una noche, a raíz de haber embarcado mi padre para América, que no quiso llevarme porque no pasara con él tribulaciones en tierra extraña... Cuando yo estaba sola... ¡Cuando él sabía que yo estaba sola...!

ISA. ¿Eh?

ESPE. Había bebido vino. ¡El mismo vino que llevé a mi padre y a mi hermano a la deshonra...! Llegó fuera de sí... No era el mismo hombre... Quería que yo le pagase todos aquellos favores... Que yo le cumpliese mi promesa... Y me lo exigió furioso, amenazándome... ¡El que es tan bueno siempre...! Yo no resistí... Y yo soy buena también, señora, créame usted... Pero no resistí. De haber sido otro hombre... hubiera muerto primero. ¡Pero era él! A él le enloquecía el vino, y a mí el cariño, que es locura mayor. Los dos fuimos culpables. Yo más que él. El ahora mismo está arrepentido, angustiado... ¡yo no! Vale poco el sacrificio de la honra para quien está dispuesta a dar la vida, y yo daría cien vidas que tuviera por proporcionarle a él un sólo instante de bienestar.

ISA. ¿Y qué viene usted a exigir de mí?

ESPE. ¿Exigir? Nada. Vengo a decirla que yo haré lo que usted crea más conveniente para la felicidad de su hijo. Vengo a decirla que tengo miedo; Ernesto me asedia, me busca... ¿Por cariño? ¿Por bondad? No lo sé. Pero me busca. He huido de Sevilla; me he refugiado aquí, no quiero volver a verle; pero ya sabe dónde estoy. ¡Tengo miedo, señora! Si sólo es deseo lo que le impulsa... ¡Protéjame usted! Yo no tendría valor para resistir, y yo quiero seguir siendo buena. En cambio, si me busca por cariño...

- ISA. ¿Eh?
- ESPE. ¿Usted consentiría en que yo fuese su mujer?
- ISA. ¡No! Yo tengo otra opinión de las cosas, y usted perdone que la hable sin rodear nada. Mujer que... cae... y... ¡no!, ¡no! ¡Eso no está justificado nunca! El culto al padre es honor ante todo; el verdadero cariño al hombre es ante todo dignidad.
- ESPE. (*Resignada.*) Entonces...
- ISA. ¡Oh, yo procuraré que nada le falte a usted!
- ESPE. Unirme a mi padre es lo que deseo. Cuanto antes quisiera embarcar.
- ISA. (*Levantándose.*) Está bien. Eso se hará.
- ESPE. Gracias. Usted le dirá algún día que yo soy feliz... ¡muy feliz! (*Llora.*)
- ISA. Vamos, tranquilícese... Pueden venir...
- ESPE. Es verdad. Adiós, señora. (*Isabel, que la tenía cogida una mano, en un impulso de bondad, la atrae hacia sí y la abraza conmovidísima.*) ¡¡Señora!!
- ISA. (*Casi sin poder hablar, conduciéndola hacia la izquierda.*) ¡Perdónelo!
- ESPE. ¡Con toda mi alma, señora...! ¡Con toda mi alma! (*Mutis por la izquierda.*)
- ISA. (*Serenándose.*) ¡Válgame Dios...! Parece mentira que mi hijo... Tenía toda la razón mi pobre marido, cuando decía aquel bonito refrán gitano: El hombre es un fuego, la mujer es una estopa y luego viene el diablo siempre y sopla. ¡Pobrecilla...! Pero el porvenir de mi hijo es lo primero de todo. La mujer ha de ser fuerte. ¡Si yo no lo fuera...! Porque ese bribonazo san-

dinguerito de mister Jhon... ¡Oh! ¡Shocking!  
(*Por el foro entran, riendo y charlando, ROSA y PEPE. ERNESTO viene también muy serio. Rosa trae unas flores.*)

ROSI. ¡Já, já, já...!

ISA. ¡Oh, qué lindas flores...!

ROSI. ¡Lo más bonito del huerto, doña Isabel!

ISA. ¡Lo más bonito eres tú! (*La besa; quedan hablando.*)

PEP. (*Uniendo la palabra a la acción, llenando unos vasos.*) Yo, con el permiso de ustedes, voy a tomar un chatito para abrir boca. Pero con la condición de que bebemos todos.

ISA. ¡Oh, sí!

ROSI. No es mala idea.

PEP. (*A Ernesto.*) Y tú también. Anímate, que estás hecho un hurón.

ERNE. Beberé cerveza, si la hay; pero vino, no. Odio a este vino traidor que ahoga todo lo bueno que hay en nosotros y despierta nuestros malos instintos.

PEP. ¡Atiza! ¡Leyendas, hombre!

ERNE. No son leyendas. Hay un vaso—en cada hombre hace un número distinto, según su resistencia—que lo borra todo: bondad, educación, cortesanía, religiosidad, idea del deber, ¡todo!, y deja en libertad a la fiera que llevamos dentro.

PEP. El que la lleve. Además, eso ocurre con todas las bebidas.

ERNE. No; yo he bebido muchas veces, y una sola, al calor de este vino... canalla, me he olvidado de mi deber.

- ISA.            ¡Ernesto!
- ROSI.           ¡Ah, vamos...! Empiezan a explicarse ciertas cosas.
- ERNE.           ¡Cuántos hombres honrados, verdaderamente honrados, habrán cometido una vileza por causa del vino...! ¡Y cuántas mujeres habrán perdido la honra por causa de él!
- ROSI.           ¡Eso no!
- ERNE.           ¿Eh?
- ROSI.           La mujer que pierde su honra es porque quiere.
- ERNE.           Eso...
- ROSI.           ¡La mujer verdaderamente honrada, mata o se deja matar; desengañese! Para eso no hay en el mundo ni cariño, ni borrachera, ni locura, ni nada. ¡No hay más que voluntad! ¡Eso es lo que le dice a usted una mujer!
- PEP.            (*Ofreciéndole vino a Rosa.*) ¡Dos duros por mi gallo! Toma. (*Queda hablando con ella.*)
- ISA.            Te lo dice también tu madre. (*Acercándose a Ernesto, y muy insinuante.*) Tu vino no fué culpable, Ernesto.
- ERNE.           (*Bajando la voz.*) ¿Eh? ¿Tú sabes...?
- ISA.            Sí; he hablado con ella.
- ERNE.           ¿Dónde está? ¿Por qué se oculta?
- ISA.            Porque debe hacerlo. Porque no es digna de tí. Fortaleza que rinde un hombre, puede otro rendirla también. (*Ernesto se deja caer en una silla. Entran por el foro JUAN REYES, SALVADOR, CATALINA y SUSPIRITOS, traen muchas flores.*)
- REY.            A vé si hay quien le ponga deferto a lo que trae mi mujé y mi hija...

- ROSI. ¡Qué lindas!
- CATA. ¡Pitirrosas, campanillas, geranios, clavellinas, azucenas...
- ISA. ¡Oh, me vuelven tarumba las flores...! ¡La caraba!
- CORONI. (*Entrando por el foro, seguido de todas las gañanas. Todas traen flores.*) ¡Aquí hay más tela!
- SUSPI. Este clavé pintao, pá usté, señorito Ernesto, y esta clavellina blanca, pa usté, señorita Rosa.
- CORO. (*Entrando por el foro.*) ¡Paso, paso...! Rosas d'oló. ¡Mareao vengo! ¡Vayan rosas!
- SUSPI. Vamos a vé quién jase er ramo más bonito pá ganarse el premio.
- SALVA. Ese es pá mí.
- SUSPI. ¡Que te limpie!
- CORO. Las rosas son mías, ¿eh? Ar que toque una lo degollo.
- ISA. Ayúdeme usted, Pepe.
- ROSI. (*A Ernesto.*) Y usted a mí, ¿no?
- ERNE. Con mucho gusto. (*Se ponen todos a la faena de hacer ramos, los gañanes a la izquierda, en el suelo; los otros a la derecha, sobre las sillas.*)
- CORO. (*A los gañanes, en voz baja.*) Caballeros: ¿a que no sabéis lo que está cogiendo er pastó?
- CATA. ¿Qué?
- CORO. Flores de cardo.
- SUSPI. ¿Eh?
- CORO. Ná; que como está enfadao con la condesa, se querrá vengá de ella. ¡A vé si ese tío la prin-ga a última hora, y no hay premio ni ná!

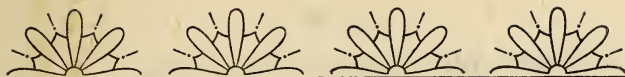
- SUSPI. Estaría bueno. (*Se oye dentro un agudo grito de mujer.*)
- TODOS. ¿Eh?
- ESPE. (*Dentro, con voz angustiada.*) ¡Juan Reyes...! ¡Por Dios...! (*Reyes entra rápido por la gañanía.*)
- ERNE. (*Tirando las flores.*) ¡¡Ella!! (*Sale en este momento, botado, por la izquierda, CHACON, con media tajadita. Detrás, JUAN REYES y MACARRON.*) ¿Eh? ¿Usted...?
- CHA. ¡Eh...! ¡Hombre...! ¡Juan Reyes...!
- ERNE. (*Deteniendo con el ademán a Reyes.*) Haga el favor.
- REY. Es que estaba abrazando a la señorita Esperanza, y eso...
- ERNE. (*A Reyes, imponiéndose.*) ¡Haga el favor!
- CHA. Eso, hombre, haga el favor, caray. Yo la abrazaba porque... ¡caramba!, ¿es que no puedo yo abrazar a una mujer?
- ERNE. ¿A esa...?
- CHA. A esa con más derecho que a ninguna. ¡Ea! ¡Ya está dicho! Porque esa mujer y yo...
- ISA. (*Sujetando a Ernesto, que quiere ahogarle.*) ¡Ernesto!
- ERNE. (*A Chacón.*) ¡Márchese! (*A los gañanes, que quieren lynchar a Chacón.*) ¡¡Quietos todos!! (*A Macarrón y Salvador.*) Llévenselo.
- CHA. (*Haciendo mutis por el foro, llevado por Macarrón y Salvador.*) Esa mujer es mía y me quiere a mí y su cariño me cuesta muchos duros. (*Vase.*)
- REY. Er tío ladrón...



- ROSI. (*Acercándose a Ernesto con el comenzado ramo en la mano.*) ¡Ernesto!
- ERNE. Perdóneme. No me abandone en este momento difícil de mi vida.
- ROSI. Esta es mi mano.
- ERNE. Esta es la mía.
- ISA. (*A Pepe, por el grupo que forman Ernesto y Rosa.*) Pepe... ¡por fin!
- PEP. (*Amargamente.*) Sí, señora; tenía que ser. (*Aparte y solo.*) ¡Qué vamos a hacerle...! Mientras haya vino para olvidar... (*Bebe.*)
- JOHN. (*Presentándose muy cabizbajo en el foro, apretando contra su pecho un gran brazado de lindas flores de cardo.*) ¡Mis flores! (*Rien los gañanes.*)
- ROSI. ¡Qué cosa más bonita!
- ISA. ¡Oh, las flores de moda! ¡Qué maravilla!
- CORO. ¡Josú!
- CATA. ¡Atiza!
- SUSPI. ¡Joyín!
- REY. ¡Sopla! (*Quedan todos aterrados.*)
- ISA. Usted gana el premio. Usted diga.
- JOHN. (*Amoroso.*) Mi premio es una sonrisa de su boca.
- ISA. (*Mostrándole los dientes.*) ¡Tómela!
- JOHN. (*Arrojando los cardos a los pies de la condesa.*) ¡Vaya cardos! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





## ACTO TERCERO

---

Salón de casa de Ernesto. Dos o tres amplios y soleados balcones al foro. y uno, especie de mirador rotonda, haciendo chaflán, a la derecha. Dos puertas en el lateral izquierdo, una a la derecha. Ricos tapices y alfombras. Muebles severos y lujosos. Sobre una mesa algunas fuentes de plata, con dulces, botellas y copas. Son las tres de la madrugada del Viernes Santo.

*(Al levantarse el telón está en escena CORONITA descorchando una botella de vino. Un reloj de la casa da las tres.)*

CORONI. *(Recitando )*

Las tres de la madrugada,  
clareando viene er día;  
asómate a ese barcón,  
carne de mis carnes,  
sentrañitas mías...

*(Por la primera izquierda entra en escena MISS BRIGHT con una fuente de torrijas. Coronita coge la fuente.)* Traiga usted acá, comadre, la pondremos junto a los corrucos. *(Casi pasándole la fuente por la nariz.)* ¡Torrijas...! Durse de Semana Santa.

M. BRIGHT. Yes.

CORONI. Diga usted torrijas, home... (*Miss Bright hace signos negativos con la cabeza.*) ¡To-rrri-jas...! (*Vuelve a negar miss Bright.*) Está bien. Pero ¿por qué no rompe usted a hablar en español, criatura?

M. BRIGHT. Porque no me dan las ganas.

CORONI. ¡Güeno, mujé...! (*Coloca la fuente en la mesita.*) Y oiga usted, «mise», ¿cómo no s'ha dio usted a Gibraltar como desía? (*Vuelve a hacer la miss signos negativos.*) Ya, ya veo que no. Y lo que veo también es que usted no s'ha acostao esta noche. Usted s'ha olió la cosa.

M. BRIGHT. ¿Eh?

CORONI. Que usted se lo ha calao.

M. BRIGHT. ¿Eh?

CORONI. Que usted es una larga.

M. BRIGHT. Yes.

CORONI. ¡Ya lo creo que yes...! Ahora que usted se lo carcula, pero no lo sabe.

M. BRIGHT. Yes.

CORONI. ¡Qué yes ni qué ná, señora! ¿Qué va usted a sabé lo que es la madrugá del Viernes Santo en Sevilla? ¿Qué va usted a sabé los repelurnos que le dan a uno cuando, a eso de las tres y media de la madrugá, pasa er Señor der Gran Podé por está calle...? Como que es la hora de amanese, y no amanese; es como si er cielo se queara quieto un rato sin sabé si seguí siendo oscuro o rompé a clareá. Y es que allí arriba, ¿sabusté?, le dise er dia a la noche: «Déjame salí, que quiero verlo.» Y le dise la noche ar

dia: «Que te limpies, que quien lo ve soy yo.»  
«Que me dejes.» «Que no te dejes.» «Mira que llamo a mi padre, que es er só, y con un bufio que dé, ya te estás quitando de enmedio...»  
«¡Que sarga si es valientel!», dise la noche, echando mano de una estrella pá estrellársela... Y se va er día en busca der só, y juye la luna asustaita, y en esto que entra en la calle er Cristo der Gran Podé, y er sielo, y la tierra, y el agua, y er viento, y los pájaros, y las flores, y las personas, se quean sin respiración... ¡Quieto er mundo, que pasa Dios...! Y suena una saeta triste... y los naranjos der jardín der convento de enfrente se asoman callandito a las tapias, abren los ojos de sus flores de azahares, dejan caé las gotitas de rosío como si lloraran... y er que no se jinca de rodillas, es que es un burro.

M. BRIGHT. Yes.

CORONI. ¡Ya lo creo que yes...! Verá usté lo que es güeno. Y por si fuera poco, no estamos esperando a naide, ¡a naide! A Matarranas, un gañán der cortijo de Las Veletas, que cuando se pone en er campo a cantá saetas, jase así er trigo, que está acabaito de sembrá... ¡¡jím!!, y nase pa oírlo. (*Dirigiéndose a uno de los balcones.*) Debe estar al caé. (*Asomándose.*) ¿No lo dije? ¡Ya está ahí! Viene con mi hermano er cateto, con Reyes y Macarrón. (*Dando voces.*) ¡Eh...! ¡Hála...! Sí. Que subáis... No hay nadie entavía... Yo y la inglesa ná más... Naide.

M. BRIGHT. ¡Oh! ¡Shocking... (Se va por la primera izquierda.)

CORONI. (Al retirarse del balcón con ánimo de recibir a los gañaaes, se da de manos a boca con PEPE, que entra por la derecha.) Hola, señorito Pepe.

PEP. Hola, muchacho. ¿No están los señores?

CORONI. No. S'han dío a la plasa de San Lorenzo a vé la salía der Cristo der Gran Podé, y no han güerto.

PEP. ¿Iba la señorita Rosa?

CORONI. Iba... ¡pá chillarla! Y usted perdone.

PEP. Bueno, hombre. ¿Y er cantaó, ha llegao?

CORONI. Güerva usted la cara.

PEP. ¡Atisa; pero si viene medio cortijo!

REY. (Asomando la cara por la derecha.) ¿Hay licencia?

PEP. Adelante, Juan Reyes.

REY. (A los que vienen detrás de él.) Que sí... ¡Colá! (Entran JUAN REYES, CORONA, MACARRON, SALVADOR y MATARRANAS, por este orden. Todos con los trajes de las grandes solemnidades. Matarranas es un mozo bastante bruto, que trae liada a la garganta, tapándole la boca y la nariz, fuertemente, una peluda y descomunal bufanda.)

PEP. ¿Qué hay, buena gente?

REY. Aquí que «venemos» pá que este sirguero cante unas saetas elante e los amos. Y güenas noches a tó esto.

PEP. Buenas noches. ¿Y qué le pasa al jilguero, que viene tan abrigao? ¿Es que está en la muda?

PEP. Ná de eso. Que er relente de la madrugá es

mú trasionero, y pá que no se le vaiga a pas-  
má la vó le habemos liao esa faja de lana.

PEP. Aquí puede desembozarse, que estamos bajo  
techao, (*Matarranas ve el cielo abierto, y más  
pronto que un tiro, empieza a desliarse la bu-  
fanda.*)

CORO.

MACA. } (*En un grito a Matarranas.*) ¡Quieto...!

REY. }

CORO. (*Volviéndole a embozar.*) ¿Qué vas a jasé, su-  
sida? (*A Pepe.*) Hombre, señorito, no sea usted  
así. ¡Qué más quisiera él que respirá a su  
gusto!

MATA. (*Congestionado y sin entenderse una palabra  
porque habla a través de siete telas.*) ¡Es que  
m'ajogo!

CORO. Pues te ajoga, y a callá. ¡Asín!

MATA. (*Dirigiéndose a Pepe con ojos suplicantes, dice  
todo este párrafo que no se le entiende.*) Por  
su salú de usted, que me dejen respirá una mi-  
jita, hombre, que aunque no me lo quieran  
creé, me estoy ajogando de verdá, ¡joroba!  
¡Socorro!

CORO. Que te calles.

PEP. ¿Pero qué dise?

CORO. ¡Vaya usted a sabé! Aquí lo que importa no es  
lo que diga, sino lo que cante este fenómeno  
Sevilla entera se va a queá perlática cuando lo  
escuche.

PEP. Ya, ya me han dicho que es un fenómeno.

MATA. (*Como antes.*) Si, señó.

PEP. ¿Y qué estilo tiene? ¿Canta por seguirillas?

- MATA. (Sin lograr hacerse entender.) Por seguirillas, por playeras, por soleares, por malagueñas, por martinetes, por tientos, por chufas y por bulerías.
- SALVA. No te gastes, Matarranas; cállate, por tu salud. (A Pepe.) Es muy grande. Cuando enfila una saeta, dan calambres de oírle.
- CORO. Verdá é. (A los demás.) ¿Se acordáis de esa que canta, que dise: (Recitando.)  
Pilato por no perdé  
er destino que tenía...
- MACA. (Mirando a Matarranas como a un ídolo.) ¡Ole!
- CORONI. (Idem.) ¡Juy!
- SALVA. (Idem.) ¡Muy grande!
- REY. (Idem.) ¡El único!
- CORO. ¿Y esa de...?  
Lleno de tierra y suádo  
la Verónica l'ha visto...
- REY. (Como antes.) ¡Salero!
- CORONI. (Idem.) ¡Josú!
- CORO. (Entusiasmado.) ¡Es un mulo cantando! Y otra cosa, que es lo fenomená. ¡Que se las saca de la cabeza!
- PEP. ¡Caramba!
- CORO. Sí, señó. Ya sabe usted que toas las saetas que se cantan son una mijilla tristes; como aquella de:  
«Er só se vistió de luto  
y la tierra retiembló,  
las piedras se quebrantaron  
de sentimiento y doló...»  
Pero es lo que dise éste. «Bastante sabemos lo



que fué aquéllo; la jechuría que jiso er sinvergüensa de Herodes; las lágrimas que se derramaron, y ¡güeno está ya!; lo pasao, pasao, y no se hable más de eso. Y cuando pasa la Virgen llorando, en vé de cantarle una cosa triste pa afligirla má, se arranca y dise:

Virgen de la Macarena,  
ponte la cara alegríta,  
que ya sabemos tó er mundo  
que er sábado resusita.

PEP. Hombre, bien.

REY. Claro, señó. ¡Y muchas más que inventa!

SALVA. ¡Es mú grande!

CORO. Dile una, Matarranas.

MATA. *(Bajo la bufanda, y sin entendersele ni pto.)*

Tú que lo vasa asotando  
sin compasión y sin duelo,  
sarte der paso, valiente,  
que te voy a dá pá er pelo.

PEP. ¡Qué bruto!

CORO. *(En tono admirativo.)* ¡Es un animá!

SALVA. *(Idem.)* ¡Mú grande!

REY. *(A Matarranas.)* Dá las gracias, hombre...  
*(Matarranas tiende la mano a Pepe, y éste se la estrecha y lo abraza.)*

CORONI. Güeno; venirse a la cosina a tomá una copa.

CORO. Toas las copas que tú quieras; pero éste *(Por Matarranas.)* ni olerlo.

MATA. ¿Eh?

CORO. ¡Ni olerlo!

REY. Vamos. *(Se van por la izquierda, primera puerta.)*

- MATA. *Inicia el mutis detrás de todos, protestando inútilmente, porque no se sabe lo que dice.)*  
¡Seis unos asesinos! Eso de tomá vino delante mía es una inquisición... (*Viendo que han desaparecido sus compañeros, se dirige a Pepe y le dice indignado, pero sin que se le entienda.*)  
¿Ve usted, hombre? ¿Está usted viendo? ¿Le parece a usted regulá? ¿Está esto ni medio bien?
- PEP. Si, hombre, sí; hablando se entiende la gente.
- REY. (*Dentro, llamando.*) ¡Tú, Matarranas...!
- MATA. (*Como siempre.*) ¡Voy...! (*Haciendo mutis, enfurecido y muy espaventoso.*) ¡Sea usted una «minensia» pa esto. ¡Mardita sea er seniso, y er cante, y er que lo inventó, y mardita sea mi sombra y mi sangre ladrona...! (*Se va. Queda encargado el jefe de la claque de aplaudir este mutis.*)
- ELENA. ¿Se puede...?
- PEP. Adelante. (*Entra Elena, o mejor dicho, miss Elena, porque, aunque nacida en Miraflores de la Sierra, la carabina de Rosita dice que es de York.*) Miss Elena, ¿usted por aquí a estas horas?
- ELE. La señorita Rosa me mandó que viniera a recogerla, y aquí me tiene usted carabineando a las tres de la mañana. No se puede ser carabina. No sea usted nunca carabina, Pepe.
- PEP. Señora, usted no es una carabina. Usted es una miss.
- ELE. (*Después de mirar a uno y otro lado y convenirse de que nadie la escucha.*) ¡Chungoso...! Que usted está en el secreto. Demasiado sabe usted que yo no sé inglés.

- PEP. Por eso me extraña que después de todos los equilibrios que ha hecho usted para no poner los pies en esta casa, venga ahora a ella.
- ELE. Porque esta noche no hay cuidado. A la condesa no la temía; como no quiere hablar más que en español... Pero miss Bright, era mi pesadilla... ¡Y se ha ido a Gibraltar...!!
- PEP. ¡Ah, vamos! ¿Pero de verdad no sabe usted nada de inglés?
- ELE. Hombre, sé lo que sabemos todos: «tangüis monis, inglis poken, jauduyudú, senkius, gat bai, gut ibrin, gut noni, verinach, fai clo té, lon tennis y fut boll.
- PEP. (*Sinceramente admirado.*) ¡Vamos, señora, usted sabe inglés! Y diga usted ¿cómo van las relaciones de Rosita y el Conde? ¿Usted sabe algo...?
- ELE. Y aún algos, Pepe, y aún algos. Rosita... ¿estamos solos...? Rosita... no lo camela, como dicen ustedes. Puede que con el tiempo ella se amolde; pero lo que es por ahora... ¡quíá! ¡Y después de haberle trabajado tantísimo...! Pero no congenian. Ella es un cascabel, tiene sangre en las venas. El es un pasmarote...
- PEP. (*Interesadísimo.*) Rosa le ha dicho a usted...
- ELE. A mí no. ¡Pero qué no voy a saber yo! Yo creo que si usted se arranca... ¿eh?
- PEP. ¡Deme usted un abrazo!
- ELE. ¡Pepe, que estamos solos y son las tres de la noche!
- PEP. ¡No diga usted tontunas, señora! (*La abraza.*)
- ELE. ¡Pepe!

- PEP. Ya están aquí. ¡Bendiga Dios este Viernes Santo. (*Se retiran al foro. Suenan dentro risas de mujeres. Entran por la derecha ISABEL y míster JOHN. Este viene hecho un trapo.*)
- ISA. Ya le dije que no bebiera, míster John. Está usted fresco... todo frío, todo helado, todo... Eso, yes, sí... helado todo.
- JOHN. ¡Isabel...! ¡Macarena...!!
- ISA. (*Conduciéndole cariñosamente a un sillón de la izquierda.*) No sea usted criatura pequeña, añiñada, Jhon. Vienen detrás...
- ROSITA. (*Entrando con Ernesto.*) ¿Qué te ha parecido?
- ERNE. Bien.
- ROSI. ¿Vienes cansado?
- ERNE. No.
- ROSI. ¿Qué te pasa?
- ERNE. Nada.
- ISA. (*A Pepe, que avanza hacia ellos.*) ¡Pepe!
- ROSI. ¿Tú aquí?
- ERNE. Hola... (*Saludos. Entran por la derecha, riendo, ENCARNACION, LAURA, MANOLITA, tres encantadoras muchachas. Ni que decir tiene que, tanto ellas como Isabel y Rosita, se tocan con la clásica mantilla negra de blondas, artísticamente empeinetada, y disimulen el vocablo.*)
- PEP. (*Saludándolas efusivamente.*) ¡Niñas...! ¡Lo bueno...!
- ENCAR. ¡Pepete!
- LAURA. ¡Hola, hombre!
- MANOL. Adiós, Pepillo.
- PEP. ¡Vaya figurines...!

- ENCAR. Fijate en el pastor; trae ocho copas de más.
- PEP. ¡Atisa ..! (*Acercándose a John.*) Qué, barbián, ¿sigue ajumando el ambiente, el aire, la luz...?
- JOHN. (*Tendiéndole la mano.*) ¡Oh! Sí: eso debe ser. (*Encarnación, Laura y Manolita rodean a mister John.*)
- ROSI. Condesa, por fin tengo el gusto de presentarle a miss Elena, la compatriota de quien tanto le he hablado.
- ISA. (*Ceremoniosa.*) ¡Oh...! Yes...!
- ELE. (*Avajándola precipitadamente.*) Tantísimo gusto... Como sé que aquí usted solo quiere hablar en la lengua de Castilla, me olvido de la lengua inglesa y la saludo en castellano.
- ISA. ¡Oh! Si... En España, yo española y nada más. En cambio, miss Bright, mi doncella, anda siempre toda ella loquita perdida buscando con quién la... eso de... pegar la hebra del inglés.
- ELE. ¡Oh! Lo comprendo. A mí me sucede lo mismo. Es tan grato bablar en la lengua patria cuando se está lejos de ella... ¡Oh! (*Se seca una lágrima.*) ¡Albión, Albión...! ¡Qué grande eres!
- PEP. (¡Señores, qué tía más embustera!)
- ELE. ¿Y dónde está miss Bright? Desearía saludarla...
- ISA. (*Mirando hacia la izquierda.*) Aquí la tiene usted.
- ELE. (*Llvida.*) ¡¡No!!
- ISA. Sí... (*A MISS BRIGHT, que entra por la izquierda.*) Miss Bright... le presento a miss Elena... (*A Rosita.*) ¿cómo es el apellido?

- ROSI. Waterman.
- ISA. Miss Elena Waterman... Miss Mary Bright..
- M. BRIGHT. (*Dándole a Elena la mano y sacudiéndola fuertemente.*) ¡Oh...!
- ELE. (*Aterrada y copiándola.*) ¡Oh...!
- M. BRIGHT. ¡Miss Waterman...!
- ELE. ¡Miss Bright...!
- M. BRIGHT. How do you do. ¿Are yes englisch ez isisch? You don t'huon hou pleased ante have the...
- ELE. (*Nerviosísima, cogiéndola del brazo, haciendo mutis con ella por la izquierda, y diciéndole a media voz, entre dientes, como un susurro que no se entiende bien.*) Fut-bol, fox-trot, fut-bol, fox-trot, fut-bol, fox-trot, fut-bol, fox-trot. (*Mutis.*)
- PEP. (*Viéndolas ir.*) (¡Como que va a perder un duro diario...! Esa habla hasta en «yugo-eslavio» y en japonés!) (*Volviéndose al grupo que forman todos con mister John.*) Qué, ¿no se pasa ese mareillo? (*Rien las muchachas.*)
- JOHN. No se rían ustedes... Tengan piedad... No sé si es el vino... (*Se levanta.*) No es el vino. Yo puedo tenerme, yo puedo andar, yo puedo pensar y sentir... A mí nada me da vueltas... No es el vino... Condesa, usted lo sabe...
- ISA. Sí, es que se ha impresionado con la ceremonia que hemos visto.
- ROSI. La salida del Gran Poder...
- PEP. ¿Impresionado? ¿Pero no me dijo que era una fiesta idólatra nuestra Semana Santa?
- JOHN. Perdone usted, Pepe. Como a una feria fui esta noche con todos a ver la salida del Gran

Poder, y como una feria de vanidades era aquella plaza llena de gente, de luces, de voces, de pregones, de gritos... Pero un reloj dió unas campanadas, enmudeció la multitud y quedó la plaza a oscuras de repente. Algo teatral se preparaba y algo teatral fué aquello de abrirse las puertas del templo pausadamente y la salida de los silenciosos encapuchados, en alto los cirios negros, llameantes en la obscuridad. Yo pensé que iba a ver una vez más la falsa representación de Cristo, con su túnica bordada, con su cruz de rico palo santo y oro... Pero de pronto una música suena, y Cristo aparece a mis ojos deslumbrador... ¡No es una imagen! ¡Quien lo diga miente! Aquella triste mirada, aquel gesto de dolor y aquel cuerpo vencido por el peso de la tosca cruz, es el de Cristo vivo, humanizado, hombre y Dios... No, no es una imagen el Cristo del Gran Poder. Es Cristo mismo, que santifica con su presencia esta noche sevillana llena de misterio, de poderosa atracción, de fe sobrenatural... porque la mía, que me veda adorar las representaciones divinas, vió en aquella imagen carne mortal lacerada, mortificada, palpitante de dolor, y adoré, veneré, recé... ¡Aquellos ojos que se clavaron en mí...! Aquella triste mirada de Dios, a mí solo dirigida... Aquella multitud que sollozaba, aquella saeta que cruzó el aire como una queja vibrante... Cristo del Gran Poder, venciste. Creo en tu imagen, en tu imagen, que eres Tú. ¡Mi Dios! ¡Mi dueño...! ¡Oh, el gran poder de

Cristo y el gran poder de Sevilla...! Perdonadme... Dejadme llorar... (*Inicia el mutis por la izquierda, primera puerta.*)

ISA. ¡John!

JOHN. (*Conmovidísimo.*) ¡Dejadme llorar...!

ISA. Ernesto... vosotras... venid todos... (*Mutis con Jhon y Ernesto. Tras ellos hace también mutis Encarnación, con Lanra y Manolita.*)

ROSI. ¿Ves tú? ¡Ese es un hombre de corasón! ¡Un hombre de arranque! Así se debe ser... no como otros, que... ¿Me entiendes o no me entiendes? Contesta, hombre, contesta. ¿Qué?

PEP. Que estás esta noche muy guapa, chiquilla, y que todas las potencias del alma son pocas pá mirarte. y no sabría yo hablar contigo. Déjame que te mire callao.

ROSI. Callado, no. Ya estoy harta de que me miren sin hablar. Por lo que más quieras, Pepe, dime perro judío, pero dime algo.

PEP. (*Suspirando.*) ¿Y si no pudiera?

ROSI. Mira, anda y que te enmelen, guasón, que no soy yo ninguna estatua del Museo para mirarla con la boca abierta. Ahí te quedas. (*Inicia el mutis por la izquierda.*)

PEP. Espera, mujer, no te vayas. (*Rosita se detiene.*) Voy a ver si tomando un chatito... Porque a mí el vino me ha soltado siempre la lengua... ¿Me permites que tome un chato?

ROSI. Uno es poco. Tómate cuarenta y siete, si quieres. Por mí..

PEP. (*Cogiendo un chato.*) Quizás baste con uno... En serio, ven acá; siéntate mujé...



- ROSI. Vaya... (*Se sienta.*)
- PEP. (*Huele el vino, toma un sorbo, lo paladea y, con el vaso en la mano, se va hacia ella, insinuante.*) No puedes quejarte, chiquilla. No tienes razón para quejarte. (*Durante este parlamento va el actor apurando el chato poco a poco.*) ¡Digo! Si tú eres y vas a ser la mujer más feliz del mundo. Por parte de los tuyos, oro molido que en tu casa haya, será para ti. Por parte de Ernesto... este palacio, sus cortijos, un castillo en Irlanda, una villa en Londres, otra en Niza... su título... ¡Casi nada! Condesa, juventud, hermosura, dinero... ¡La reina del mundo! ¿Qué más quieres?
- ROSI. ¡Qué más quiero!
- PEP. ¡Naturalmente!
- ROSI. ¡Tienes razón!
- PEP. ¡Pues eso! (*Pausa.*)
- ROSI. ¿Se te acabó la cuerda?
- PEPE. Espera, mujer... (*Bebe otro sorbo.*) Claro, que ya está bien eso de poder decir: yo pasaré el invierno en Niza, el verano en Ostende, el otoño en París, la primavera en Sevilla... ¡bien está! Pero hay quien no tiene nada de eso y es feliz. Hay quien no tiene más que un pisito mono, claro, limpio y alegre y en vez de meterse en un Rolls-Royce, vestida de oso, con cristales de buzo en los ojos para pasar por el mundo, se pone su blusita de seda y se asoma a su ventana de claveles para ver pasar al mundo por delante de ella. Eso es.
- ROSI. Sí, pero lo mismo la que se mete en un auto

que la que se asoma a la ventana, si no tiene a su lado el... la... vamos, lo que... la salsa de... ¡No te calles hombre...! ¡Acaba de beberte ese, que me estás poniendo nerviosa!

PEP. (*Apurando el chato.*) ¡Ya está!

ROSI. ¿Y qué?

PEP. Que... nada.

ROSI. (*Levantándose muy contrariada.*) ¡Hijo, pues no puede ser menos!

PEP. No puede ser más.

ROSI. ¿Por qué?

PEP. Porque no puede ser, Rosita. Claro, que algo más te diría yo, pero para eso necesito yo otro chato, y no quiero tomármelo.

ROSI. ¿Y si yo te lo doy?

PEP. Mira que es muy grave.

ROSI. (*Cogiendo un chato.*) No será tanto.

PEP. Mira que a mí el vino me da por abrir las alas del corazón y echarlo a volar, y cuando vuela es un valiente que va derechito adonde tiene que ir, sin importarle barreras ni murallas...

ROSI. (*Ofreciéndole el vaso sonriente.*) Toma.

PEP. Mira que voy a decirle a la novia de un amigo algo que es traicionar al amigo. Mira que...

ROSI. ¡Mira que se me va a dormir el brazo!

PEP. (*Tomando el chato.*) Dios te lo pague. (*Se lo bebe.*)

ROSI. ¿Y ahora...?

PEP. Ahora... como este vino no dió nunca por herir por la espalda, aunque yo sé que tú no quieres a Ernesto, ni Ernesto te quiere a ti, y aunque tú sabes, Rosa, que yo... ¡de siémpre...!

Porque tú lo sabes, ¿verdad? ¡De toda la vida...! (*Rosita baja la cabeza entre avergonzada y complacida.*) Pues aunque lo sepas, de mis labios no has de oírlo hasta que no haya hablado yo con él. Y va a ser ahora mismo. ¡Traiciones, no! ¡Eso nunca! Yo no he de decirte que te quiero con toda mi alma sin haber hablado antes con Ernesto.

ROSI. Así debe ser. (*Se oye dentro la voz de ERNESTO.*)

PEP. Espera, vete; él viene. Mejor.

ROSI. Hasta luego entonces.

PEP. Tú... lo sabías, ¿verdad?

ROSI. (*Desde la segunda puerta de la izquierda.*) Sí, pero como tú... (*Cogiéndose los labios en señal de silencio.*)

PEP. Es que... ¿pero ahora...?

ROSI. ¡Cuando hables...!

PEP. Pero ¿me dirás que... conforme?

ROSI. Yo creo que sí. Ahora, que traiciones, no; aunque yo no haya congeniado con Ernesto... por lo que sea, traiciones, no. (*Se va.*)

PEP. Dice bien. Traiciones, jamás. (*Bebe.*)

ERNE. (*Por la primera puerta de la izquierda. Viene más alegre y excitado que de costumbre.*) Bebiendo, ¿eh?

PEP. Bebiendo verdades, o por lo menos preparándome para decirlas.

ERNE. Yo también he tomado unas copas con esos hombres que han venido del cortijo...

PEP. ¿Tú?

ERNE. Te extraña, ¿verdad? Pues sí, me sentí demó-

crata, les invité y he bebido con ellos. Ahora voy a beber contigo.

PEP. ¡Ernesto!

ERNE. (*Después de apurar un vaso de vino.*) Hoy es preciso que yo beba. Tu vino dice verdades; el mío... a juzgar por lo que hizo una vez, comete infamias, y hoy es necesario que yo...

PEP. ¿Qué tienes, Ernesto?

PEP. ¡Que sé yo! Tristeza, amargura, desaliento, desesperación, todo a la vez... Necesito fuerzas para contarte lo que me sucede.

PEP. Yo también necesito alientos para decirte mis verdades.

ERNE. Pues bebe.

PEP. A tu gusto. Toma. (*Le ofrece un vaso y coge él otro.*) Habla: me tienes en curiosidad. (*Beben.*)

ERNE. Mira, Pepe: yo necesito decirle a Rosita Sandino que no la quiero.

PEP. ¿Eh...?

ERNE. Así, claramente: que no la quiero.

PEP. Apura el chato, Ernesto. Los vasos hay que beberlos enteros, como yo hago. (*Ernesto termina de beber su chato.*) Así. De manera que tú no quieres a Rosita.

ERNE. Ni la he querido nunca. Para mí no hay en el mundo más que una mujer: Esperanza. ¿Que no es de mi clase? Bueno. ¿Que su padre es... cualquier cosa? Mejor. ¿Qué me importa a mí su familia... ni la mía? ¿La quiero? Pues ya está; la quiero y la quiero. No hay más que hablar.

PEP. Bueno, ¿pero ella...?

- ERNE. Ella...
- PEP. Qué.
- ERNE. ¡Ella ha sido mía!
- PEP. ¡Ernesto!
- ERNE. Soy un canalla al decirlo, ¿verdad?... ¡¡Un canalla...!! ¡Pero ha sido mía y la quiero, Pepe...! Es buena; más que buena... ¡es santa! Ella le ha dicho a mi madre que no resistió a mi locura, a mi barbarie... y ha mentado; ha mentado. Sí resistió; primero con todas sus súplicas y con todas sus lágrimas, luego... (*Horrorizado, desesperado, lloroso.*) ¡Qué canalla soy, Pepe... ¡¡Canalla, canalla...!! ¡Con lo que yo la quiero! (*Bebe.*)
- PEP. No bebas más, Ernesto.
- ERNE. Aquello que dijo Chacón el otro día en el cortijo era mentira.
- PEP. Sí; ese, cuando bebe, ofende y calumnia.
- ERNE. Pero repara el daño. Ya fresco, volvió al cortijo a proclamar delante de todos la inocencia de Esperanza. Ayer lo supe. ¡Todos son más nobles que yo!
- PEP. Pero... si tan majareta estás por ella... ¿por qué no la buscas y la dises...?
- ERNE. Pero, ¿dónde está, Pepe, si esa es mi locura? ¿Dónde? Esos hombres no han querido decirme. Les he ofrecido dinero, el que quieran, y no me lo dicen. Juan Reyes lo sabe, estoy seguro.
- PEP. Pero ella, después de lo ocurrido el sábado...
- ERNE. Mi madre le mandó el dinero necesario para que se fuese a América en busca de su padre...

Hace cinco días de esto. Juan Reyes sólo acierta a decirme que el domingo vino ella a Sevilla para preparar su viaje... ¿Estará aún aquí...? ¿Habrá embarcado ya? Justamente salió ayer un vapor de Cadiz. (*Amenazador, sombrío y resuelto.*) Juan Reyes no quiere decirme lo que sabe, y yo voy a pegarle un tiro.

PEP. (*Sujetándole.*) ¡Ernesto!

ERNE. Déjame. (*Entregándose y dejándose caer en una butaca.*) ¡Si es que no puedo vivir sin ella... Si es que no pienso más que en negruras y monstruosidades...! (*Queda abismado.*)

PEP. ¿Estás viendo? Así somos de distintos. Los chatos, que a ti te dan por la negrura, a mí me dan por el optimismo. Anímate. ¿Que la quieres? ¡Pues a ella! ¿Que embarcó ayer? Pues si ayer salió un barco, dentro de ocho días saldrá otro; te vas detrás de ella, y en paz. En lo tocante a Rosita —hija de mis entrañas!— verás cómo yo te facilito muchas cosas, aunque no sea más que por agradecimiento.

ERNE. ¿Eh?

PEP. Sí, porque... Allá van las verdades de mi vino: ¡La quiero con todas las veras de mi alma! Jamás te hubiera hecho traición; pero, puesto que tú la dejas... mejor dicho, puesto que os dejáis los dos, porque tampoco ella te puede ver a ti ni en pinturas... pues... en esta disputa llegaron los perros, mejor dicho, el perro, y que llega con una rabia y con unas ganitas de morder..

ERNE. (*Al ver a CORONA, que entra en escena por*

*la primera puerta de la izquierda.*) Calla. ¿Qué quieres?

CORO. Usté disimule mi amo, que yo venga aquí en busca suya; pero, vamos, a mí se me hace mú cuesta arriba el que sabiendo yo una cosa que usté quiere sabé, yo me la calle y usté no la sepa.

ERNE. ¿Eh...? ¿Que tú...?

CORO. Yo le he cogío las güertas a Juan Reyes, que es el que nos ha hecho jurá que no habemos de desirle ná a naide, y vengo, no por los dineros, que yo los dineros los pienso de tomá porque me hasen farta, y yo tengo mi capricho y mi aqué; sino porque ha preguntao usté por la señorita Esperanza con un asénto de verdá que...

ERNE. Habla, dí; ¿qué sabes de ella? Pronto...

CORO. Pos sé que está en Sevilla.

ERNE. ¡En Sevilla!

PEP. ¿Lo estás viendo?

CORO. Hasta fines de mé no pué embarcá. Podía haberse dío en un vapó que salió ayé; pero ella, cuando su padre estaba en la cárse, hizo una promesa pá esta Semana Santa, y no quiere dirse sin cumplirla. Mú cristiana que es.

ERNE. Pero ¿dónde está? ¿Dónde vive...?

CORO. Eso no lo sé yo; pero antes de que almuerse usté mañana lo va usté a sabé. Me apuesto una mano, ésta. (*Extiende la mano como si pidiera.*)

ERNE. (*Sacando la cartera.*) Sí, espera...

CORO. Señorito, que no es pedí, que es señalá.

- ERNE. (*Dándole unos billetes.*) Toma y muchas gracias, Corona.
- CORO. (*Cogiéndolos en el aire.*) ¡Se pone usted tan pesao...! Bueno, coste que lo aserto porque er trato es trato, y yo tengo mi capricho y mi aqué...(*A Pepe.*) ¿Esto es mucho dinero, don Pepe de mi arma?
- PEP. (*Examinando los billetes.*) Cuatrocientas pesetas.
- CORO. Es mucho dinero, pero no me arcansa pa mi aqué.
- PEP. ¿Cuál es tu aqué; alguna buena jaca?
- CORO. Eso está muy antiguo. Una moto pa corré por ahí y matá ar que se tersie.
- PEP. ¡Atisa!
- CORO. Sí, hombre; que le quiero poné los dientes largos a mi hermano, er señorito, que está mú tonto.
- ERNE. (*Al ver un nazareno que entra muy solemne por la puerta de la derecha, negro el hábito y calado el capuchón.*) ¿Eh? ¿Qué? ¿Un nazareno aqui? ¿Pero cómo? ¿Quién es...?
- PEP. Espera. (*Al nazareno.*) Tenga la bondad de descubrirse. (*El nazareno se acerca a él y le dice algo al oído.*) ¿Esta voz? Dice que se vaya ese. (*Por Corona.*)
- ERNE. Déjanos, Corona.
- CORO. Sí, señó.
- ERNE. Quedamos en que tú, mañana...
- CORO. Mañana lo sabe usted, o yo me corto esta. (*Por la cabeza. Vase por la primera puerta de la izquierda.*)



- ERNE. (Al nazareno.) Usted dirá...
- CHACÓN. (Que no es otro el nazareno, descubriéndose.)  
¡Buenas noches...!
- ERNE. (Queriendo arrojarse sobre él, y sujeto por Pepe.) ¡¡Chacón...!!
- CHA. Haga usted er favó, hombre... Usté perdone que aprovechándome de las circunstancias entre en su casa a estas horas con la cara tapá, pero como con la cara descubierta no me dejan subí, y hase quince días quiero hablá con usté, y usté no quiere...
- ERNE. Diga lo que desea, y pronto...
- CHA. Dos palabras. Que su abogao de usté m'ha dicho que er Sábado de Gloria me mete en la cárse, y que Reyes, el aperaó, anda pregonando que, como ese día resusita er Seño y mueren los júas, que a mí me piensa corgá de un Hércules de la Alamea, y la verdá, creo que ya es meiesté que usté les diga de una vé que recojan velas en eso de mis denuncias farsas.
- ERNE. ¿Por qué?
- CHA. Caray, porque no fueron farsas. Y yo no debo estar expuesto a que er Sábado de Gloria me hagan la pascua Reyes ni el abogao
- ERNE. Pero fué una villanía.
- CHA. En eso no hay que meterse. Soy un sinvergüenza, sí, señor; pero si a tós los sinvergüenzas los metieran en la cárse, iba a sé una ruina pa los caseros. Por eso nos dejan suertos. Hasta a su abogado d'usté.
- ERNE. Me coge usted en un momento de optimismo, y estoy diepuesto a complacerle.

- CHA. Hombre, muchísimas gracias. Respiro.
- PEP. (A Ernesto.) Oye, aquí Chacón tal vez sepa algo de Esperanza. (A un gesto de Ernesto.) Cálmate, hombre... Como está loco por ella...
- CHA. Loco es poco.
- ERNE. (Nervioso.) ¿Pero usted sabe dónde está? Porque es que yo...
- PEP. (Interrumpiéndole.) Sí, es que quiere darle un recaó pa su padre, ¿sabe usted?
- CHA. Pues el día veinte se va a América. No sé quién le ha dao el dinero pá el pasaje. De mí no ha querío aceptar ni eso. ¡Maldita sea...! Si el día veinte no me deja ir con ella... me pego un tiro.
- ERNE. ¿Pero dónde está? ¿Usted sabe...?
- CHA. Ahí viene descalza detrás del paso de Nuestro Señor, cumpliendo una promesa.
- ERNE. (¡Por fin!)
- CHA. Muchas mujeres vienen; pero ella destaca de entre todas, que con su cara pálida y sus ojos llorosos, parece la misma Virgen, que se ha bajao de las andas para ir cerca del hijo amado.
- PEP. (Con chunga.) Hombre, eso está mny bonito, Chacón.
- CHA. (Quemado.) No se chunguee usted, amigo Pepe, que vengo negro.
- PEP. Ya lo veo.
- ERNE. (Impaciente.) Bueno, yo voy...
- PEP. (Sujetándole.) Espera, criatura; si la Cofradía va a pasar por aquí.
- CHA. Ya están pasando los nazarenos. Cuando se

acerque el paso bajaré a la calle pá verla de nuevo. No se me borra su cara. Parese la estatua del doló. Tres veces se ha caído en la calle, como nuestro Padre Jesús... Y es que no come, ¿sabe usté? Lleva tres días que no quiere comé ná. ¡Mardita sea! Pero ¿qué pesadumbre tiene esa mujer...? ¿No está libre su padre? ¿No va ella a reunirse con él? ¿No le ofrezco yo por las buenas tó lo que tengo...? ¿Pues por qué está que se consume...? ¡Que sombra más negra tengo, ¡maldita sea mi sino! (*Se asoma al balcón Ernesto.*)

PEP. (*A Chacón.*) ¿Una copa. .?

CHA. Primero me matan. El vino me trae a mi una cola muy larga. (*Pepe insiste, y Chacón agarra el chato y tira el vino.*)

ELENA. (*Con MISS BRIGHT por la izquierda primera puerta. Vienen amiguísimas.*) ¡Es lindísimo el inglés! Y si usté me lo enseña por poco dinero...

M. BRIGHT. Hora que yo dar de clase, cobrar tres pesetas.

ELE. Hablaremos de eso. (*Salen a uno de los balcones.*)

ERNE. (*Dejando el balcón y acercándose a Pepe. Empiezan a oirse a lo lejos los tambores de la procesión; por los balcones se percibe una claridad tenue de los cirios de los nazarenos.*) Voy a salir; no tengo paciencia...

CATALINA. (*Por la derecha, muy sofocada y jadeante.*) Buenas noches... Mi marido está ahí, ¿verdad...?

ERNE. ¿Qué ocurre, Catalina?

- CATA. Nada; es desí... ¡Ay, Josú...!
- PEP. ¿Eh?
- CATA. Nada, nada, que... ¿Podría yo pasá a desirle...?
- PEP. ¿Pero qué ha susedido...?
- CATA. La señorita Esperanza que...
- ERNE. ¿Eh?
- CHA. ¿Qué...?
- CATA. Ná, un desmayo que le dió hase un rato, ar pasá por la tienda de Lumbrera, y no güerve en si, y estamos toás mú asustá.
- ERNE. ¿Pero dónde está?
- CATA. En er patio de la tienda la han metío.
- ERNE. ¡Jesús! (*Vase corriendo por la derecha.*)
- CHA. (*A Catalina.*) Venga usted...
- CATA. ¿Pero...?
- CHA. Nosotros nos bastamos. Venga usted. (*Se van por la derecha Chacón y Catalina.*)
- PEP. (*Bebiendo una copa, muy satisfecho.*) ¡Providencial! ¡Lo que se dise providencial!
- ISABEL. (*Con ROSITA, LAURA, ENCARNACION y MANOLITA, por la primera puerta de la izquierda. Vienen riéndose.*) ¡Pobre cateto...! Lo van ahogar con tanto tapujo de la cara
- ROSI. Es para que no se constipe y cante bien.
- LAURA. Dicen que es un jilguero.
- ENCAR. Ahora veremos si es verdad..
- MANOL. (*Que se ha asomado a uno de los balcones.*) Ya se ve el paso, condesa... Ya ha entrado en la calle... ¡Que hermoso viene...!
- ISA. Hay que avisar a míster John. (*Hace sonar un timbre y sigue charlando con Laura, Encarnación y Manolita.*)

- PEP. *(Que habla con Rosita Sandino.)* Eso está ya listo, vida de mi sangre... Sin traiciones para nadie, puedo decirte a gritos que te quiero, que bendita sea la hora en que yo vine al mundo; que en este amanésé de Viernes Santo están sonando para mí las campanillas de la gloria.
- ROSI. ¿Y para mí no?
- PEP. Cállate, chiquilla de mi alma, que me desmorono.
- ROSI. ¡Qué gitanísimo eres!
- PEP. Y lo que me vas a valé tú a mi pá mi negocio de aceitunas; porque ya, para hasé la sarmuerra, no nesesito yo traé vagones de sá, con que tú vayas al almacén y sacudas un poco los brazos...
- ROSI. *(Riendo.)* Ven acá, loco, que ya se acerca Nuestro Señor.
- PEP. *(Un poquillo emocionado.)* Qué credo más apretao y más mordío le voy a resá. ¡Con toda mi alma, Rosa! Si le llega con la fuerza que voy a mandárselo... se le va a meté en er corasón. *(Entran en uno de los balcones.)*
- CORONITA. *(Por la izquierda, segunda puerta.)* ¿Señora?
- ISA. Avise a míster John. Dígalé que ya pasan los nazarenos, y que ya, paso a paso, pasa el paso.
- CORONI. Ya lo sabe él, señora. Se lo acabo de avisá.
- REYES. *(Por la izquierda, primera puerta, con CORONA, SALVADOR, MACARRON y MATARRANAS.)* Con lisensia... Aquí venemos con er canario flauta, al tanto de las saetas.

- ISA. ¡Oh! Sí...
- REY. Quitale la bufanda, Sarvaó.
- SALVA. Sí, señó. *(Le quita la bufanda a Matarranas.)*
- MATA. *(Respirando a sus anchas.)* ¡Josú...! ¡Uf...! ¡Lo que yo he pasao, Virgen del Carmen...!
- CORO. ¿Y no t'alegras ahora, guasón?
- MATA. ¿Qué me ví alegrá, si estoy congestionao, señó?
- REY. Vamos, prepárate.
- ISA. El paso está lejos un poquito aún todavía, bastante, mucho.
- MATA. Sí, señora; pero es que yo pa cantá tengo que aprovechá las «coyuntas».
- ISA. ¿Cómo?
- MATA. Las «coyuntas». Vamos, que yo, si suena la música no pueo cantá; y si otro canta, tampoco pueo cantá; y si hablan a mi lao, tampoco pueo cantá; y si m'impresiono, me se enrea aquí un ñúo... *(Por la garganta.)*
- ISA. ¡Oh, por Dios!
- LAURA. *(Desde el balcón.)* Doña Isabel, venga, venga...
- ISA. *(Asomándose entusiasmada.)* ¡Oh...! ¡Divino...! Coronita decía la verdad... ¡Bonito es esto...! *(Todas las mujeres están en los balcones.)*
- REY. *(A Matarranas.)* Arráncate.
- MATA. Esa que dise: «Fló sensitiva der valle», ví cantá.
- CORO. No, hombre... Cantá la de «Tuvo la curpa Caifá...»
- CORONI. Mejón la de «Pilato que era un mar jué ...»
- SALVA. ¡Esa!
- MATA. Pos esa. ¡Allá vá...!

- CORO. (*Imponiendo silencio.*) ¡Chits...! (*Matarranas se dispone a cantar y cuando alarga el brazo derecho y entorna los ojos para arrancarse, una voz fresca de mujer canta una saeta dentro.*)
- MATA. ¡¡Mardita sea...!!
- REY. ¡Qué lástima!
- CORO. La pringamos.
- CORONI. Callarse, que canta muy bien.
- SALVA. (*Jaleando a la que cantala saeta cuando la acaba de cantar.*) ¡Pobresita...!
- MACA. Mucho estilo se trae.
- CORONI. (*A Matarranas.*) Achicala tú, Matarranas.
- MATA. Callarse, que estoy picao. (*Se dispone a cantar, haciendo los mismos jeribeques que antes.*)
- PEP. (*Saliendo de uno de los balcones.*) ¿Pero qué haces que no cantas, saborio?
- JOHN. (*Por la primera derecha.*) ¿Qué sucede?
- MATA. ¡Josú!
- CORONI. ¡Chavó!
- REY. ¡Camará!
- MACA. ¡Nos partió!
- MATA. Nerviosillo me estoy yo poniendo.
- PEP. (*A Mister John.*) Un poco de silencio, que va a cantar una saeta.
- JOHN. ¡Oh! Sí... ¡Me conmueve...! También la saeta es algo que me embriaga.
- MATA. Pues va por usted. (*Cuando se dispone a cantar, entran por la derecha ERNESTO, ESPERANZA, CATALINA, PEPILLA y SUSPIRITOS, y por último CHACON, con el capuchón en la mano y muy cariacontecido.*)
- ERNE. ¡No, aquí; aquí ha de ser, delante de todos...!

- MATA. (*Casi llorando de rabia.*) ¡Mardita sea...!
- CORO. ¡La señorita...!
- REY. ¡José...!
- ERNE. (*Llamando.*) ¡Madre...! Un momento... (*Todas las mujeres dejan los balcones y entran en escena.*)
- ISA. ¡Ernesto...! ¿Tú... con ella...?
- ERNE. (*Respetuoso.*) Con ella has de verme siempre, madre... (*Asombro en todos.*) Porque es buena; porque la quiero; porque es digna de mí... (*A un gesto de la condesa.*) Sí, madre mía; ella por disculparme, no te dijo toda la verdad... Es digna de mí; lo juro por ese divino Cristo que quiero que me perdone como ya ella me ha perdonado... (*Suplicante.*) ¡Madre...!
- ISA. (*Indecisa.*) ¡Ernesto...!
- ERNE. ¡Yo la quiero, madre...!
- ISA. (*Yendo hacia Esperanza.*) ¡Un abrazo, hija mía!
- JOHN. Esto me conmueve.
- ELE. (*Desde el balcón.*) ¡El paso! ¡El paso...! (*Todos menos Chacón, Ernesto, Esperanza, John, Matarranas y Corona, se agolpan a los balcones.*)
- CORO. (*A Matarranas.*) ¡Arráncate!
- MATA. ¡Que me ví a arrancá si tengo er ñúo...! (*Por la garganta. En este momento se oyen las cornetas que siguen al paso del Señor. La luz de los balcones se aumenta. Una voz bien timbrada canta una saeta llena de dolor.*)
- ESPE. Quiero seguir cumpliendo mi promesa, Ernesto. Ya tengo fuerzas.
- ERNE. Apóyate en mi brazo, en este brazo que ya es tuyo.



CATALINA. ¡Jincarse que ya está aquí...! (*Se arrodillan.*)

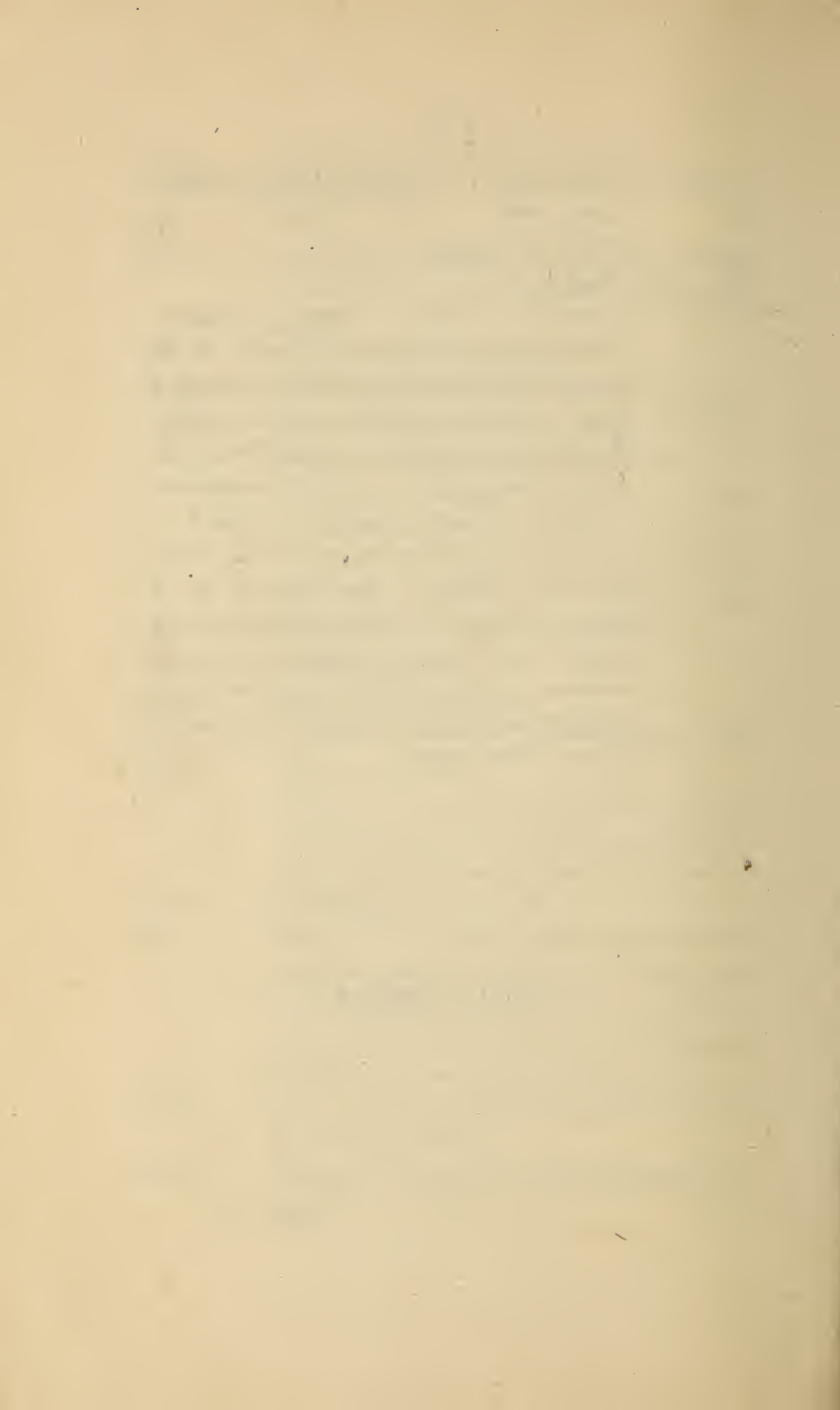
PEP. ¡Cristo mío!

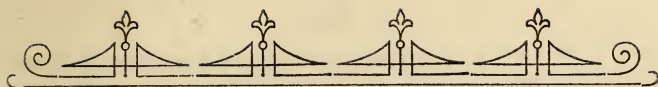
SUSPI. ¡Padre mío Jesús...!

ROSI. ¡Jesús mío...!

ESPE. (*Apoyada en el brazo de Ernesto y haciendo mutis con él por la derecha.*) ¡Ernesto de mi alma! (*Se van. Chacón al verles ir, no puede más y cae de rodillas sollozando como un chiquillo. Están todos arrodillados y rezando. Únicamente mister John permanece de pie. Pausadamente se acerca a uno de los butacones que habrá en el centro de la escena al lado de una mesa, pero al ir a sentarse se apoya en el filo de la mesa y va cayendo de rodillas limpiándose una lágrima. La condesa, que desde el balcón está atenta a lo que hace mister John, al ver que se arrodilla, se levanta y se dirige a él conmovidísima. Telón rápido.*)

FIN DE LA COMEDIA





## Obras de Pedro Muñoz Seca

---

*Las guerreras*, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

*El contrabando*, sainete. (Duodécima edición.)

*De balcón a balcón*, entremés en prosa. (Tercera edición.)

*Manolo el afilador*, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

*El contrabando*, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Séptima edición.)

*La casa de la juerga*, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

*El triunfo de Venus*, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

*Una lectura*, entremés en prosa. (Segunda edición.)

*Celos*, entremés en prosa. (Tercera edición.)

*Las tres cosas de Jerez*, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

*El lagar*, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervos y Carbonell.

*A primera fila*, entremés en prosa.

*El niño de San Antonio*, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

*Floriana*, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

*Los apuros de Don Cleto*, juguete cómico en un acto.

*Mentir a tiempo*, entremés en prosa.

*El naranjal*, zarzuela cómica en un acto y un sólo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

*Don Pedro el Cruel*, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

*El fotógrafo*, juguete cómico en un acto.

*El jilguerillo de los Parrales*, sainete en un acto.

*La neurastenia de Satanás*, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.


- Mari-Nieves*, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
- Tentaruja y Compañía*, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
- ¡Por peteneras!* sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
- La canción húngara*, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
- La mujer romántica*, opereta en tres actos, adaptación española.
- El medio ambiente*, comedia en dos actos.
- Coba fina*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Las cosas de la vida*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- La nicotina*, sainete en prosa. (Tercera edición.)
- Trampa y cartón*, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)
- La cucaña de Solarillo*, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
- El modelo de Virtudes*, juguete cómico en dos actos.
- López de Coria*, juguete cómico en dos actos.
- El bien público*, sátira en dos actos.
- El milagro del santo*, entremés en prosa.
- El incendio de Roma*, juguete cómico, con música del maestro Barrera.
- El Pajarito*, comedia en dos actos.
- El paño de lágrimas*, juguete cómico en tres actos.
- Fúcar XXI*, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- Pastor y Borrego*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- La niña de las planchas*, entremés lírico. (Segunda edición.)
- Cachivache*, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
- Naide es ná*, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
- El roble de la Jarosa*, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
- La frescura de Lafuente*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- La casa de los crímenes*, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
- La perla ambarina*, juguete cómico en dos actos.
- La Remolino*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Lolita Tenorio*, comedia en dos actos.
- Los que fueron*, entremés en prosa.
- La escala de Milán*, apropósito.
- La conferencia de Algeciras*, apropósito.
- El verdugo de Sevilla*, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
- Doña María Coronel*, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
- El Príncipe Juanón*, comedia dramática en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
- El último Bravo*, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
- La locura de Madrid*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- Hugo de Montreux*, melodrama en cuatro actos.
- El marido de la Engracia*, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
- La traición*, melodrama en tres actos.
- Los cuatro Robinsones*, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
- Adán y Evans*, monólogo.
- El rayo*, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Sexta edición.)

- El sueño de Valdivia*, sainete en un acto. (Tercera edición.)
- Albi-Melén*, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros. Música del maestro Calleja.
- El último pecado*, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)
- John y Thum*, disparate cómico-lírico-bailable, en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
- Los rifeños*, entremés en prosa.
- El voto de Santiago*, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
- El Versalles madrileño*, sainete en un acto.
- El teniente alcalde de Zalamea*, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
- De rodillas y a tus piés*, entremés. (Segunda edición.)
- La casona*, comedia dramática en dos actos.
- Los pergaminos*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- Garabito*, chascarrillo en prosa.
- La barba de Carrillo*, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
- La fórmula 3 K 3*, disparate en un acto. (Segunda edición.)
- Las famosas asturianas*, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.
- La venganza de Don Mendo*, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)
- La verdad de la mentira*, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
- Un drama de Calderón*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- Trianeras*, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.
- Los planes de Milagritos*, apunte de sainete.
- Las verónicas*, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.
- La Tiziana*, entremés, con música de Manuel Font.
- El mal rato*, paso de comedia.
- Faustina*, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
- La razón de la locura*, comedia gran guñolesca, en tres actos. (Tercera edición.)
- Los amigos del alma*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- El colmillo de Buda*, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
- El condado de Mairena*, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)
- La mujer*, paso de comedia.
- Pepe Conde o el mentir de las estrellas*, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)
- La plancha de la Marquesa*, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
- Martingalas*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- El clima de Pamplona*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- Sanjuán y Sampedro*, entremés en prosa. (Segunda edición.)
- Trampa y cartón*, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.
- Los misterios de Laguardia*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- La cartera del muerto*, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)
- San Pérez*, juguete cómico en tres actos.
- El Parque de Sevilla*, zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)

- El castillo de los Ultrajes*, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés. (Segunda edición.)
- La hora del reparto*, sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
- El fresco del fuego*, entremés.
- El ardía*, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
- Los planes del abuelo*, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
- El pecado de Agustín*, comedia dramática en tres actos.
- Dentro de un siglo*, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
- La farsa*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- El número 15*, sainete en tres actos. Música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
- Tirios y Troyanos*, juguete cómico en tres actos.
- El sinvergüenza en Palacio*, zarzuela en tres actos. Música de los maestros Vives y Luna.
- La señorita Angeles*, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
- De lo vivo a lo pintado*, juguete cómico en dos actos.
- El conflicto de Mercedes*, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
- ¡¡Plancha!!*, entremés.
- Regina*, comedia en tres actos y un prólogo.
- El Goya*, juguete cómico en dos actos.
- Los frescos*, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
- La pluma verde*, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
- El Vaticinio o S. S. S.*
- El Rey nuevo*, zarzuela en tres actos. Música del maestro Jacinto Guerrero.
- ¡Ay, que se me cae...!*, monólogo.
- Las hijas del rey Lear*, comedia en tres actos, original.
- Las cosas de Gómez*, juguete cómico en un acto.
- El filón*, comedia en tres actos, original. (Tercera edición.)
- Las alas rotas*, comedia en tres actos, original. (Tercera edición.)
- La muerte del Dragón*, cuento en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, en prosa y verso, con los rípios absolutamente indispensables.
- La mujer de nieve*, zarzuela bufa en tres actos. Música de los maestros Rosillo y Moreno Torroba.
- Castigo de Dios*, comedia en tres actos. Música de Angel Barrios.

---

*Cuentos y cosas*, colección de cuentos, entremeses y monólogos.



## Obras de Pedro Pérez Fernández

---

- ¡Al balcón!*, juguete cómico en un acto. (Edición agotada.)  
*Lola*, entremés. (Edición agotada.)  
*Tal para cual*, juguete cómico en un acto. (Edición agotada.)  
*La primera lección*, monólogo. (Edición agotada.)  
*Las marimañas*, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes.  
*Los Florete*, juguete cómico en un acto.  
*El sino perro*, entremés.  
*El Don Cecilio de hoy*, revista lírica de asuntos sevillanos, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa y verso. Música de varios maestros sevillanos. (Sin publicar.)  
*Boceto al óleo*, juguete cómico en un acto.  
*Flores cordiales*, inocentada lírica en un acto y tres cuadros. Música de los maestros Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes. (Edición agotada.)  
*La victoria del cake*, humorada satírica en un acto. Música de los maestros Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes. (Edición agotada.)  
*La penetración pacífica*, humorada satírica en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes.  
*A la lunita clara*, entremés. (Edición agotada.)  
*A la vera del queré*, sainete lírico en un acto, dividido en dos cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.  
*El gordo en Sevilla*, sainete en un acto. (Edición agotada.)  
*Para pescar un novio....* entremés.  
*El alma del querer*, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Amadeo Vives y Tomás Barrera.  
*La fuerza de un querer*, comedia en un acto. (Edición agotada.)  
*¡Por peteneras!*, sainete lírico en un acto. Música del maestro Rafael Calleja. (Tercera edición.)  
*La casta Susana*, opereta en tres actos, adaptada del alemán a la escena española.  
*La canción húngara*, opereta en un acto, dividido en tres cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

- El medio ambiente*, comedia en dos actos.  
*Coba fina*, sainete en un acto. (Tercera edición.)  
*Me dijiste que era fea...*, comedia en tres actos.  
*Las cosas de la vida*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)  
*La nicotina*, sainete en un acto. (Segunda edición.)  
*Trampa y cartón*, juguete cómico en dos actos y una película. (Cuarta edición.)  
*López de Coria*, juguete cómico en dos actos.  
*El milagro del santo*, entremés.  
*El latero*, entremés. (Sin publicar.)  
*El incendio de Roma*, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música del maestro Tomás Barrera.  
*El paño de lágrimas*, juguete cómico en tres actos. (Agotada.)  
*Fúcar XXI*, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)  
*Cachivache*, sainete lírico en un acto. Música del maestro Calleja.  
*Naide es ná*, sainete lírico en un acto. Música del maestro Joaquín Taboada Steger.  
*La perla ambarina*, juguete cómico en dos actos.  
*Lolita Tenorio*, comedia en dos actos.  
*Las pavas*, propósito cómico-lírico en un acto. Música del maestro Luis Foglietti.  
*El señor Pandolfo*, farsa lírica en tres actos, en prosa y verso. Música del maestro Amadeo Vives.  
*Las mujeres mandan o contra pereza diligencia*, sainete en dos actos, dividido en seis cuadros.  
*Los últimos frescos*, sainete en dos actos. (Edición agotada.)  
*El marido de la Engracia*, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Joaquín Taboada Steger y Tomás Barrera.  
*El presidente Mínguez*, astracanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros. Música del maestro Pablo Luna.  
*Paz y Ventura o el que la busca la encuentra*, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Luis Foglietti y Eduardo Fuentes.  
*Albí-Melén*, juguete cómico-lírico en dos actos, divididos en cuatro cuadros. Música del maestro Rafael Calleja.  
*La última astracanada*, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros. Música del maestro Eduardo Fuentes.  
*Los rifeños*, entremés en prosa.  
*El oro del moro*, sainete en dos actos, inspirado en una copla andaluza.  
*El voto de Santiago*, comedia en dos actos. (Segunda edición.)  
*El teniente alcalde de Zalamea*, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)  
*De rodillas y a tus pies*, entremés. (Segunda edición.)  
*La fórmula 3 K 3*, disparate cómico en un acto. (Segunda edición.)  
*Un drama de Calderón*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)  
*Trianerias*, sainete lírico en dos actos, divididos en seis cuadros. Ilustraciones musicales del maestro Amadeo Vives. (Edición Pueyo, y tercera de la Sociedad de Autores.)  
*Las Verónicas*, juguete cómico-lírico en tres actos. Música del maestro Amadeo Vives. (Edición Pueyo.)  
*La Tiziana*, Entremés lírico. Música del maestro Manuel Font.



- El mal rato*, paso de comedia.
- Los amigos del alma*, juguete cómico en dos actos. Tercera edición.)
- Pepe Conde o el mentir de las estrellas*, sainete lírico en seis cuadros, dispuestos en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives. (Tercera edición.)
- Martingalas*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- El clima de Pamplona*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- Trampa y cartón*, juguete cómico-lírico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Joaquín Taboada Steger.
- La primera siesta*, chascarrillo en acción.
- San Pérez*, juguete cómico en tres actos.
- El Parque de Sevilla*, farsa sainetesca en dos actos, divididos en seis cuadros y un prólogo cinematográfico. Música del maestro Amadeo Vives.
- La hora del reparto*, sainete lírico en un acto. Música del maestro Jacinto Guerrero.
- Tirios y Troyanos*, juguete cómico en tres actos.
- El sinvergüenza en Palacio*, bufonada cómico-lírica en tres actos. Música de los maestros Amadeo Vives y Pablo Luna. (Sin publicar.)
- El número 15*, sainete lírico en dos actos, divididos en seis cuadros. Música del maestro Jacinto Guerrero.
- ¡Arriba los corazones!*, comedia en tres actos.
- De lo vivo a lo pintado*, juguete cómico en dos actos.
- ¡Planchal*, entremés.
- ¡Ahí va esa mosca!*, juguete cómico en dos actos.
- El Goya*, juguete cómico en dos actos.
- La pluma verde*, comedia en tres actos.
- El Rey nuevo*, zarzuela en tres actos. Música del maestro Jacinto Guerrero.
- Las cosas de Gómez*, juguete cómico en un acto.
- Lola, Lolita, Lolilla y Lolo*, sainete en un acto.
- La mujer de nieve*, zarzuela bufa en tres actos. Música de los maestros Rosillo y Moreno Torroba.
- Castigo de Dios*, comedia en tres actos. Música de Angel Barrios.

---

*Del alma de Sevilla*. Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces. Prólogo de Rodríguez Marín. Epílogo de Serafín y Joaquín Álvarez Quinteiro. Edición Garnier Hermanos, París. Un tomo, 8.º, rústica, tres pesetas.





**Precio: 4 pesetas**